



Azulejos

ANTOLOGÍA

Cuentos de terror

EDGAR ALLAN POE, AMBROSE BIERCE, ARTHUR MACHEN, H.P. LOVECRAFT,
HENRY KUTTNER, LEOPOLDO LUGONES, HORACIO QUIROGA, GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ



Desde 1869
Estrada
apoyando la educación

Índice

Las historias de terror	7
Historia del género de terror	8
El terror y lo fantástico.....	9
<i>El tonel de amontillado</i> , de Edgar Allan Poe	11
<i>La ventana clausurada</i> , de Ambrose Bierce.....	25
<i>El relato del polvo blanco</i> , de Arthur Machen	37
<i>Desde lo oscuro</i> , de H.P. Lovecraft	65
<i>Las ratas del cementerio</i> , de Henry Kuttner	77
<i>El escuerzo</i> , de Leopoldo Lugones	91
<i>La miel silvestre</i> , de Horacio Quiroga	101
<i>María de mi corazón</i> , de Gabriel García Márquez	111
Actividades	
Actividades de comprensión de lectura	120
Actividades de producción de escritura	123
Actividades de relación con otras disciplinas	124

Las historias de terror

¿Cuántas veces se despertaron aterrados por una pesadilla o con la certeza de ser perseguidos por un asesino? ¿Qué sienten cuando aparece una rata, una cucaracha, un murciélago o una jungla de gusanos en movimiento? ¿Alguna vez pensaron que podían quedarse encerrados para siempre en un ascensor, ser visitados por un fantasma en un caserón a oscuras, resultar víctimas de una brujería terrible o ser considerados locos?

Los cuentos de terror desarrollan esta clase de situaciones angustiosas, que, desde los tiempos más antiguos, todos los seres humanos tuvimos y seguiremos teniendo. Y, aunque parezca mentira, estos cuentos que nos producen tanta angustia pueden llegar a gustarnos mucho. ¿Cómo es posible que nos guste algo que nos atemoriza? Tal vez la respuesta se encuentre en el hecho de que, al transitar por las situaciones de miedo, asco o terror que están encerradas en el espacio acotado del cuento, indirectamente nos animamos a mirar cara a cara esas fantasías y esos temores en nuestro mundo real.

Cada vez que entramos en el terreno de un cuento de terror, abrimos nuestras posibilidades de asomarnos a situaciones extrañas, misteriosas, no cotidianas, y de comprobar cómo reaccionamos frente a ellas. El cuento se convierte en el escenario ideal, que le provee al lector una serie de experiencias ajenas por las cuales difícilmente pasaría en su vida de todos los días. Es poco probable, por ejemplo, que alguno de nosotros corra el riesgo de ser enterrado vivo. Sin embargo, el temor a quedar encerrado en un ascensor, a ahogarse o a asfixiarse es una sensación frecuente y familiar para muchos de nosotros. Entonces, cuando esa situación aparece relatada en un cuento, somos capaces de enfrentar el temor que nos produce y, en cierta medida, nos liberamos de él.

Es difícil llegar a definir qué es el terror, porque no todas las personas reaccionan de la misma manera ante las mismas experiencias. Sin embargo, lo que no puede faltar en el cuento de terror es la amenaza que provocan en nosotros lo desconocido, el azar, el caos, lo que está fuera de nuestro control.

Sobre la compiladora

ELISA SALZMANN nació en Buenos Aires y realizó sus estudios primarios y secundarios en la escuela Miguel Ham de Vicente López. Allí leyó, en lengua original, *David Copperfield*, *El Rey Lear* y *El Señor de las Moscas*, entre otros libros.

Es egresada de la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde ejerce la docencia en la cátedra de Literatura Norteamericana. Codirige un proyecto de mejoramiento de la Escuela Media, "Lectura y Experiencia: Estrategias para la formación del profesor de Lengua y Literatura".

En 2002, viajó a los Estados Unidos para participar de una beca Fulbright. Desde 1986, es miembro de la Asociación de Estudios Americanos, a cuyas Jornadas asiste anualmente con trabajos relativos a la literatura y el cine estadounidenses.

Es autora de los siguientes libros de poesía: *La Pendiente* (1994), *Hoy por ti* (2004), *El Balneario y otros poemas* (2005, Primer Premio del Concurso "Papeles Dispersos", organizado por el Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires).

Historia del género de terror

El escritor estadounidense Edgar Allan Poe afirmó alguna vez: "El terror no viene de Alemania, sino del alma". Lo que el autor quiso remarcar con esta frase es que, si bien el cuento de terror se popularizó a partir del Romanticismo (el movimiento artístico que surgió en Alemania a fines del siglo XVIII), el sentimiento de terror está presente en el alma humana desde siempre. Es por eso que elementos vinculados al terror ya aparecen en los primitivos relatos orales y folclóricos.

La originalidad de los románticos alemanes consistió en poner en primer plano las situaciones de terror, que hasta entonces habían permanecido como elementos secundarios en la literatura popular. Pero ¿por qué el relato de terror adquiere la jerarquía de género literario precisamente durante el Romanticismo?

Una de las explicaciones para esta irrupción del terror está ligada a la necesidad, que sintió el hombre del siglo XIX, de cuestionar los límites de la razón, justamente cuando la Revolución Industrial, síntesis del progreso científico y técnico, se encontraba en plena expansión. Según los artistas románticos, la razón es insuficiente para explicar la totalidad del mundo circundante. Por más que la ciencia y la técnica se perfeccionen, el mal, el sufrimiento y la locura seguirán existiendo. Uno de los rasgos que caracterizan al espíritu romántico es, precisamente, la indagación en las zonas ocultas y oscuras del alma humana, donde imperan lo irracional e inexplicable, lo siniestro.

Sigmund Freud, creador del psicoanálisis, sostuvo que "lo siniestro está indudablemente relacionado con lo pavoroso, lo que despierta espanto y horror". Según él, la sensación de horror se produce porque cada uno de nosotros oculta o reprime inconscientemente algún miedo. Entonces, al leer un cuento de terror, ese miedo oculto y reprimido probablemente logre salir a la superficie. Encontrarnos cara a cara con eso que estuvo oculto es lo que nos produce terror.

En nuestros días, los escritores y los directores de cine siguen apelando a crear estas mismas sensaciones, porque, indudablemente, el miedo siempre tendrá un lugar de privilegio en el alma humana.

El terror y lo fantástico

En el siglo XIX, se desarrolla, junto con el género de terror, un tipo de literatura que cuestiona los límites de la razón y plantea la tensión entre lo lógico y lo sobrenatural: se trata del género fantástico. En los relatos fantásticos, la interpretación de lo que sucede siempre queda oscilando entre las leyes naturales y las explicaciones sobrenaturales. Por ejemplo, no es posible decidir si la aparición de un fantasma obedece a las fuerzas demoníacas que se hacen presentes en el mundo, o si está motivada simplemente por la alucinación de un personaje. En estos relatos, no se trata de negar el funcionamiento del mundo real, tal como lo describen las ciencias, sino de ampliar sus límites hacia las fronteras de lo insólito, lo inusual y lo extraño, que también forman parte de la vida e inquietan a la humanidad desde los tiempos más remotos.

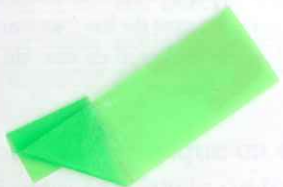
¿Existe alguna diferencia entre un cuento de terror y un cuento fantástico? En principio, todo cuento fantástico puede provocar terror en mayor o en menor grado, en la medida en que, por definición, los cuentos fantásticos generan incertidumbre y, por lo tanto, angustia y desazón. De este modo, las percepciones desencadenadas por la locura o el sueño pueden introducir, en un relato fantástico, elementos que producen ansiedad, tales como seres monstruosos, muertos que regresan a la vida o presencias demoníacas.

Sin embargo, los cuentos de terror pueden prescindir de la incertidumbre característica de lo fantástico; en efecto, muchos de ellos están desarrollados a partir de situaciones absolutamente realistas. Por ejemplo, una invasión de insectos es un hecho que puede tener lugar en el mundo real, bajo determinadas condiciones. Lo mismo sucede con la amenaza que hace sentir la proximidad de un asesino serial (una situación que ha inspirado infinidad de relatos y películas de terror).

La dificultad que se plantea cuando queremos establecer límites entre los cuentos fantásticos y los cuentos de terror se debe a que presentan muchos elementos en común. Pero, más allá de esas coincidencias, lo auténticamente terrorífico es la sensación que despierta en nosotros, los lectores, la incapacidad de controlar cualquier aspecto de la caótica realidad que nos rodea.

El tonel de amontillado

de Edgar Allan Poe



El autor



Edgar Allan Poe nació en Boston, Estados Unidos, en 1809. Sus padres murieron cuando él era pequeño; fue adoptado por John Allan, un hombre de negocios, del que tomó su primer apellido. Comenzó a escribir poesía en su adolescencia: tenía 18 años cuando publicó su primer libro, *Tamerlán y otros poemas*. Sus excesos en el consumo de alcohol y su falta de responsabilidad con el trabajo provocaron la ruptura con su padre adoptivo.

En 1836 se casó con su prima, Virginia Clemm. Trabajó como crítico literario y como redactor en varias revistas, mientras continuaba publicando poemas y relatos, varios de los cuales son considerados precursores de la novela policial moderna. También innovó el género de terror, al incorporar motivos psicológicos en sus historias.

Falleció en 1849. Entre sus cuentos sobresalen "La caída de la casa Usher", "El pozo y el péndulo", "El corazón delator" y "El tonel de amontillado".

El texto

"El tonel de amontillado" forma parte del volumen *Cuentos del grotresco y del arabesco*, que fue publicado en 1839. El espacio en el que se desarrolla este relato — una bodega subterránea — constituye uno de los escenarios predilectos del cuento de terror, ya que el encierro es uno de los temores más comunes de los seres humanos.

El tonel de amontillado

Soporté lo mejor que pude las mil ofensas de Fortunato, pero cuando osó insultarme, juré venganza. Ustedes, que conocen tan bien la naturaleza de mi alma, no supondrán, sin embargo, que emití una amenaza. A la larga yo sería vengado; este era un punto ya incuestionablemente decidido — pero la misma decisión con que lo había establecido excluía la idea de riesgo. No solo debo castigar, sino castigar con impunidad¹. Una afrenta² no queda desagraviada³ cuando la retribución perjudica al vengador. Queda igualmente sin desagraviar cuando el vengador no logra hacerse reconocer como tal ante el causante de la afrenta.

Debe entenderse que, ni de palabra ni de obra, le di motivo a Fortunato para que dudara de mi buena voluntad. Continué, como era mi costumbre, sonreírle, y él no percibió que lo que me hacía sonreír ahora era pensar en su inmoliación.

Tenía un punto débil, este Fortunato, aunque en otros aspectos era un hombre digno de respeto y hasta de temor. Se jactaba de ser un conocedor de vinos. Pocos italianos tie-

¹ Hecho de quedar sin castigo una acción que lo merece.

² Ofensa.

³ Compensada, sin efecto.

nen el verdadero espíritu del catador⁴. En su mayor parte adoptan un entusiasmo impostado⁵ según el momento y la oportunidad, para practicar la charlatanería a expensas de los millonarios británicos y austríacos. En pintura y piedras preciosas, Fortunato, como sus coterráneos, era un farsante; pero en cuanto a vinos añejos era sincero. En este aspecto, yo no difería sustancialmente de él; también entendía de buenos vinos, y los compraba en grandes cantidades siempre que podía.

Fue cerca del anochecer, en una velada durante la suprema locura de la época de carnaval, cuando me encontré a mi amigo. Me abordó con excesiva calidez, porque había estado bebiendo mucho. El hombre iba disfrazado de bufón. Llevaba puesto un ajustado traje a rayas, y su cabeza iba coronada por el gorro cónico con cascabeles. Yo estaba tan complacido de verlo que pensé que nunca iba a terminar de estrecharle la mano.

Le dije:

— Mi querido Fortunato, qué afortunado encuentro⁶. Qué notablemente bien se te ve hoy. Pero he recibido un barril de algo que hacen pasar por amontillado⁷, y tengo mis dudas.

— ¿Cómo? — dijo él —. ¿Amontillado, un barril? ¡Imposible! ¡Y en pleno carnaval!

— Tengo mis dudas — repliqué —, y fui tan incauto que pagué el precio completo del amontillado sin consultarte. No te encontraba, y temí perder una oportunidad.

⁴ Persona experta en el reconocimiento de vinos.

⁵ Forzado, fingido.

⁶ En italiano, el nombre Fortunato significa "el de buena suerte". Como se comprueba al final del cuento, la elección de este nombre tiene un sentido irónico.

⁷ Vino generoso andaluz de añejamiento extraordinariamente largo.

— ¡Amontillado!

— Tengo mis dudas.

— ¡Amontillado!

— Y debo solucionarlas.

— ¡Amontillado!

— Como hoy ya tienes otro compromiso, voy a ir a ver a Lucreci.

— Lucreci no sabe distinguir el amontillado del jerez⁸.

— Y aun así, algunos idiotas lo tienen por alguien de un gusto comparable al tuyo.

— Adelante, vamos.

— ¿Adónde?

— A tus bodegas.

— Amigo mío, no; no me aprovecharé de tu natural bondad. Percibo que tienes un compromiso. Lucreci...

— No tengo ningún compromiso. Vamos.

— Amigo mío, no. No es el compromiso, sino el evidente resfrío grave que tienes. La humedad es insoportable en las bodegas. Están cubiertas de costras de salitre.

— Vamos, como sea. El frío no es nada. ¡Amontillado! Te engañaron. Y en cuanto a Lucreci, no distingue el jerez del amontillado.

Tras decir esto, Fortunato se apoderó de mi brazo; yo me calcé una máscara de seda negra y me envolví apretadamente en mi *roquelaure*⁹, dejándome acomodar por él hasta mi palacio.

No había sirvientes en casa; se habían ido para festejar en honor de la fecha. Yo les había avisado que no volvería hasta la mañana siguiente, dándoles órdenes con-

⁸ Vino fortificado de sabor seco, oriundo de España. Los vinos fortificados se logran por el agregado de bebidas espirituosas en algún punto de su crianza.

⁹ Capa larga hasta la rodilla que usaban los miembros de la nobleza en los siglos XVIII y XIX. Debe su nombre al duque de Roquelaure, mariscal francés.

cretas para que no estorbaran por la casa. Estas órdenes eran suficientes, de sobra lo sabía yo, para garantizar que desaparecerían de inmediato en cuanto les volviera la espalda.

Tomé dos antorchas de los hacheros, entregué a Fortunato una de ellas y lo guié, haciéndolo encorvarse a través de distintos aposentos por el abovedado pasaje que conducía a la bodega. Bajé delante de él por una larga y tortuosa escalera, recomendándole que adoptara precauciones al seguirme. Llegamos, por fin, a los últimos peldaños, y nos encontramos, uno frente a otro, sobre el suelo húmedo de las catacumbas de los Montresor.

El andar de mi amigo era vacilante, y los cascabeles de su gorro cónico tintineaban ante cada una de sus zancadas.

—El barril — dijo.

—Está más allá — le contesté—. Pero observa esa telaraña blanca que reluce en las paredes de la caverna.

Se volvió hacia mí y me miró con sus nubladas pupilas, que destilaban las lágrimas de la embriaguez.

—¿Salitre? — me preguntó, por fin.

—Salitre — le contesté—. ¿Hace mucho que tienes estas?

—¡Cof, cof, cof! ¡Cof, cof, cof! ¡Cof, cof, cof! ¡Cof, cof, cof...!

A mi pobre amigo le fue imposible contestar hasta pasados unos minutos.

—No es nada — dijo al fin.

—Ven — le dije enérgicamente—. Volvámonos. Tu salud es muy valiosa, amigo mío. Eres rico, respetado, admirado, querido. Eres feliz, como yo lo fui en otro tiempo. Eres alguien a quien extrañarían. Por mí, no importa. Volvámonos. Podrías enfermarte y no quiero cargar con esa responsabilidad. Además, cerca de aquí vive Lucreci...

—Basta — me dijo—. Esta tos no es nada. No me va a matar. No me voy a morir de tos.

—Verdad, verdad — le contesté—. Realmente, no era mi intención alarmarte sin motivo, pero debes tomar todas las precauciones que hagan falta. Un trago de este medoc¹⁰ nos defenderá de la humedad.

Y diciendo esto, rompí el cuello de una botella que saqué de entre una larga hilera de sus compañeras, acostadas en el musgo.

—Bebe — le dije, ofreciéndole el vino.

Se llevó la botella a los labios, mirándome de soslayo. Hizo una pausa y me saludó con familiaridad. Los cascabeles sonaron.

—Bebo — dijo— a la salud de los sepultados que descansan en torno nuestro.

—Y yo, por que vivas muchos años.

De nuevo me agarró de un brazo y seguimos caminando.

—Estas catacumbas — me dijo— son enormes.

—Los Montresor — le contesté— eran una familia muy importante, y numerosa.

—He olvidado cuáles eran sus armas.

—Un gran pie de oro en campo de azul¹¹. El pie aplasta a una serpiente rampante, cuyos dientes se clavan en el talón.

—¿Y el lema?

—*Nemo me impune lacessit*¹².

—¡Muy bueno! — dijo.

¹⁰ Vino tinto de cuerpo suave y sabor fuerte, oriundo de la región del Médoc, al sudoeste de Francia.

¹¹ En heráldica, el color azul recibe el nombre de "azur". La heráldica es el arte y el estudio de los blasones, es decir, los escudos de las familias nobles; en los blasones, cada elemento posee un significado simbólico.

¹² Locución latina: "Nadie me lastima impunemente". Lema de la corona de Escocia. En la heráldica, el lema es la frase breve que se inscribe en el blasón.

Brillaba el vino en sus ojos y tintineaban los cascabeles. También se caldeó mi fantasía a causa del medoc. Por entre las murallas formadas por montones de esqueletos, mezclados con barriles y toneles, llegamos a los más profundos recintos de las catacumbas. Me detuve de nuevo; esta vez me atreví a asir a Fortunato de un brazo, por encima del codo.

— El salitre — le dije —. Mira cómo va aumentando. Como si fuera musgo, cuelga de las bóvedas. Ahora estamos bajo el lecho del río. Las gotas de humedad se filtran por entre los huesos. Ven. Volvamos antes de que sea muy tarde. Esa tos...

— No es nada — dijo —. Sigamos. Pero primero tomemos otro traguito de medoc.

Rompí una botella de vino de De Grave y se lo ofrecí. La vació de un trago. Sus ojos llamearon con ardiente fuego. Se echó a reír y tiró la botella al aire con un ademán que no pude comprender.

Lo miré sorprendido. Repitió el movimiento, un movimiento grotesco.

— ¿No comprendes? — preguntó.

— No — le contesté.

— Entonces, ¿no eres de la fraternidad?

— ¿Cómo?

— ¿No perteneces a la masonería¹³?

— Sí, sí — dije —. Sí, sí.

— ¿Tú? ¡Imposible! ¿Masón¹⁴?

— Masón — repliqué.

— A ver, un signo — dijo.

— Este — le contesté, sacando de debajo de mi *roquelau-*

¹³ Nombre de una sociedad secreta.

¹⁴ Miembro de la masonería; en francés, "albañil".

re una cuchara de albañil.

— Bromeas — dijo, retrocediendo unos pasos —. Pero, en fin, vamos a buscar el amontillado.

— Bien — dije, guardando la herramienta bajo la capa y ofreciéndole de nuevo mi brazo. Se apoyó pesadamente en él y seguimos nuestro camino en busca del amontillado. Pasamos por debajo de una serie de bajísimas bóvedas, bajamos, avanzamos luego, descendimos después y llegamos a una profunda cripta, donde la impureza del aire hacía que nuestras antorchas resplandecieran como rescoldos, en lugar de brillar.

En lo más apartado de la cripta, se descubría otra menos espaciosa. En sus paredes habían sido alineados restos humanos, que se amontonaban en la cueva por encima de nosotros, como en las grandes catacumbas de París. Tres lados de aquella cripta interior estaban también adornados del mismo modo. Del cuarto habían sido retirados los huesos y yacían esparcidos por el suelo, formando en un rincón un montón de cierta altura. Dentro de la pared, que había quedado descubierta por el desprendimiento de los huesos, se veía todavía otro recinto interior, de aproximadamente un metro y medio de profundidad y uno de anchura, y con una altura de dos o dos y medio. No parecía haber sido construido para un uso determinado, sino que formaba sencillamente un hueco entre dos de las pilares que sostenían la bóveda de las catacumbas. Este hueco se apoyaba en una de las paredes de granito macizo que las circundaban.

En vano, Fortunato, levantando su antorcha casi consumida, trataba de penetrar la profundidad de aquel recinto. La débil luz nos impedía distinguir el fondo.

— Adelántate — le dije —. Ahí está el amontillado. Si aquí estuviera Lucreci...

— Es un ignorante — interrumpió mi amigo, avanzan-

do con paso inseguro y seguido inmediatamente por mí.

En un momento llegó al fondo del nicho, y, al hallar interrumpido su paso por la roca, se detuvo atónito¹⁵ y perplejo. Un momento después, yo había conseguido encadenarlo al granito. Había en su superficie dos argollas de hierro, separadas horizontalmente una de otra por un metro de distancia. Rodear su cintura con los eslabones, para sujetarlo, fue cuestión de pocos segundos. Estaba demasiado aturdido para ofrecerme resistencia. Saqué la llave y retrocedí, saliendo del recinto.

—Pasa la mano por la pared —le dije—, y no podrás menos que sentir el salitre. Está, en efecto, muy húmeda. Permíteme que te ruegue que regreses. ¿No? Entonces, no me queda más remedio que abandonarte; pero antes debo brindarte algunos cuidados que están a mi alcance.

—¡El amontillado! —exclamó mi amigo, que no había salido aún de su asombro.

—Cierto —repliqué—, el amontillado.

Y mientras decía estas palabras, me puse a trabajar en aquel montón de huesos al que aludí antes. Apartándolos a un lado, no tardé en dejar al descubierto cierta cantidad de piedra de construcción y argamasa. Con estos materiales y la ayuda de mi cuchara de albañil, empecé activamente a tapar la entrada del nicho. Apenas había colocado el primer trozo de mi obra de albañilería, cuando me di cuenta de que la embriaguez de Fortunato se había disipado en gran medida. El primer indicio que tuve de ello fue un gemido tenue que surgió de la profundidad del recinto. No era ya el grito de un hombre ebrio. Luego, se produjo un largo y obstinado silencio. Encima de la primera hilada¹⁶

¹⁵ Espantado, sin capacidad de reacción.

¹⁶ Serie horizontal de ladrillos o piedras.



coloqué la segunda, la tercera y la cuarta. Y oí entonces las furiosas sacudidas de la cadena. El ruido se prolongó unos minutos, durante los cuales, para deleitarme con él, interrumpí mi tarea y me senté en cuclillas sobre los huesos. Cuando se apaciguó, por fin, aquel rechinamiento, tomé de nuevo la cuchara y terminé sin interrupción las quinta, sexta y séptima hiladas. La pared estaba ya a la altura de mi pecho. De nuevo me detuve, y, levantando la antorcha por encima de la obra que había ejecutado, dirigí la luz sobre la figura que se hallaba en el interior.

Una serie de fuertes y agudos gritos salió de repente de la garganta del hombre encadenado, como si quisiera rechazarme con violencia.

Durante un instante vacilé y me estremecí. Saqué mi espada y empecé a tirar estocadas por el interior del nicho. Pero un momento de reflexión bastó para tranquilizarme. Puse la mano sobre la maciza pared de piedra y respiré satisfecho. Volví a acercarme a la pared, y contesté entonces a los gritos de quien clamaba. Los repetí, los acompañé y los vencí en extensión y fuerza. Así lo hice, y el que gritaba acabó por callarse.

Ya era medianoche y llegaba a su término mi trabajo. Había dado fin a las octava, novena y décima hiladas. Había terminado casi la totalidad de la onzena, y quedaba tan solo una piedra que colocar y revocar. Tenía que luchar con su peso. Solo parcialmente encajaba en la posición necesaria. Pero entonces salió del nicho una risa ahogada, que me puso los pelos de punta. Se emitía con una voz tan triste, que con dificultad la identifiqué con la del noble Fortunato. La voz decía:

— ¡Ja, ja, ja! ¡Je, je, je! ¡Buena broma, amigo, buena broma! ¡Lo que nos reiremos luego en el palacio, ¡je, je, je!, a propósito de nuestro vino! ¡Je, je, je!

— El amontillado — dije.

— ¡Je, je, je! Sí, el amontillado. Pero ¿no se nos hace tarde? ¿No estarán esperándonos en el palacio Lady Fortunato y los demás? Vámonos.

— Sí — dije —. Vámonos ya.

— ¡Por el amor de Dios, Montresor!

— Sí — dije —. Por el amor de Dios.

En vano me esforcé en obtener respuesta a aquellas palabras. Me impacienté y llamé en alta voz:

— ¡Fortunato!

No hubo respuesta, y volví a llamar:

— ¡Fortunato!

Tampoco me contestaron. Introduje una antorcha por el orificio que quedaba y la dejé caer en el interior. Me respondió solo un cascabeleo. Sentía una opresión en el corazón, sin duda causada por la humedad de las catacumbas. Me apresuré a terminar mi trabajo. Con mucho esfuerzo coloqué en su sitio la última piedra y la cubrí con argamasa. Volví a levantar la antigua muralla de huesos contra la nueva pared. Durante medio siglo, nadie los ha tocado. *In pace requiescat!*¹⁷

De: *Tales of the Grotesque and the Arabesque*, 1839.

(Traducción de Beatriz Vignoli.)

¹⁷ Locución latina: "Que descanse en paz".

La ventana clausurada

de Ambrose Bierce

El autor

Ambrose Bierce nació en 1842, en Ohio, Estados Unidos. A los 15 años, abandonó su casa. Se empleó en la imprenta de un periódico y, luego, ingresó en la Academia Militar de Kentucky. En 1861, se alistó en el ejército, cuando estalló la guerra civil en su país.



En 1868, empezó su carrera como periodista. Recién casado, se fue a Inglaterra, donde vivió tres años. De regreso en San Francisco, se sumó sin éxito a los grupos de aventureros fascinados por la "fiebre del oro". Desde entonces, se concentró en su actividad literaria y periodística.

Era un autor prestigioso cuando, en 1889, se separó de su mujer. Esta ruptura y la muerte de dos de sus hijos lo llevaron a una profunda depresión.

En 1913, con 71 años, en plena Revolución Mexicana, ingresó en las filas de Pancho Villa, pero en 1914 se perdió todo rastro de él.

Entre sus obras se encuentran: *Cuentos de soldados y civiles*, *¿Pueden suceder estas cosas?*, *Fábulas fantásticas* y *Diccionario del diablo*. Sus historias de terror físico y psicológico le valieron el título de "señor de lo macabro".

El texto

"La ventana clausurada" pertenece al libro *Cuentos de soldados y civiles* (1890). Es un cuento enmarcado, recurso frecuente en los cuentos de terror. El narrador relata una historia que conoció a través de su abuelo. Esta técnica de "contar lo que a uno le contaron", es decir, contar algo de lo que el narrador no fue testigo directo, da lugar a la duda y la sospecha, ingredientes básicos del género.

La ventana clausurada

En 1830, a apenas unos kilómetros de lo que es hoy la gran ciudad de Cincinnati¹, había un inmenso bosque casi virgen. En toda esa región se desperdigaban asentamientos de gente de la frontera —almas inquietas que, apenas si se habían labrado un hogar medianamente habitable con maderas taladas del monte y alcanzado ese grado de prosperidad que hoy llamamos indigencia², que ya, impelidas por algún misterioso impulso de su naturaleza, lo abandonaban todo y seguían pujando hacia el oeste, solo para encontrarse con nuevos peligros y privaciones en su esfuerzo por recuperar las magras comodidades a las que habían renunciado. Muchos de ellos ya habían dejado abandonada la región optando por asentamientos más remotos, pero entre los que quedaban estaba uno que había sido de los primeros en llegar. Vivía solo en una casa de troncos a la que rodeaba por todos los costados el inmenso bosque, de cuya penumbra y silencio parecía formar parte, porque nadie jamás había sabido que sonriera o que hablara una palabra innecesaria. Obtenía lo mínimo indispensable mediante la venta o el trueque de pieles de animales salvajes en el pueblo que quedaba al lado del río, porque nunca cultivó nada en la tierra, la cual, en caso de

¹ Ciudad de los Estados Unidos, en el estado de Ohio.

² Falta de medios para alimentarse y vestirse; pobreza.

necesidad, hubiera podido reclamar por derecho de posesión imperturbada. Había algunas evidencias de "mejora": alguna vez, unas hectáreas de terreno en las inmediaciones de la casa habían sido limpiadas de árboles, cuyos tocones³ podridos habían quedado semiocultos bajo la maleza que creció para reparar los estragos causados por el hacha. Al parecer, el celo del hombre por la agricultura había ardidido con una llama vacilante, que se extinguió entre cenizas de arrepentimiento.

La casita de troncos, con su chimenea de palos, su techo de listones alabeados⁴ bajo un contrapeso de travesaños de madera y sus rendijas rellenas con arcilla, tenía una sola puerta y, directamente frente a ella, una ventana. Esta última había sido clausurada con tablones. Nadie podía recordar una época en que no estuviera clausurada. Y nadie sabía por qué había sido cerrada así. Seguramente, no porque al morador no le gustaran el aire y la luz, ya que, en aquellas escasas oportunidades en que un cazador había pasado por aquel lugar solitario, con frecuencia se había visto al ermitaño asoleándose en el umbral de su puerta, si el cielo ese día había dispuesto proveerlo de sol. Me imagino que hoy viven pocas personas que hayan sabido el secreto de esa ventana, pero yo soy uno de ellos, como verán.

Se decía que el hombre se llamaba Murlock. Aparentaba setenta años de edad, pero en realidad tenía alrededor de cincuenta. Algo, además de los años, había influido en su envejecimiento. Su cabello y su larga barba hirsuta estaban blancos; sus opacos ojos grises, hundidos; su cara, cosida de un modo singular por arrugas que parecían

³ Parte del tronco de un árbol que queda unida a la raíz cuando lo cortan por el pie.

⁴ Con curvaturas irregulares.

pertenecer a dos sistemas que se cruzaban. En su figura era alto y flaco, de hombros encorvados: un acarreador de cargas. Nunca lo vi personalmente; de estos pormenores⁵ me enteré por mi abuelo, de quien también obtuve la historia del hombre cuando yo era chico. Él lo había conocido cuando vivía por las cercanías en aquellos primeros tiempos.

Un día Murlock fue hallado en su cabaña, muerto. No era ni el momento ni el lugar para investigadores ni periódicos⁶, y supongo que hubo acuerdo general en que había muerto por causas naturales o, de lo contrario, me hubieran contado, y me acordaría. Solo sé que, tal vez, por puro sentido común, su cuerpo fue sepultado cerca de la cabaña, junto a la tumba de su esposa, quien lo había precedido en tantos años que la memoria local apenas si había retenido el indicio de su existencia. Eso cierra el último capítulo de esta historia verdadera, exceptuando, en efecto, la circunstancia de que muchos años después, en compañía de un espíritu igualmente intrépido, me interné en el paraje y me aventuré lo suficientemente cerca de la cabaña en ruinas como para arrojarle una piedra, y corrí para eludir al fantasma de cuyo merodeo por allí todos los muchachos de la zona estábamos enterados. Pero existe un capítulo anterior, que me fue provisto por mi abuelo.

Cuando Murlock construyó su cabaña y comenzó a desbrozar⁷ reciamente el monte a machetazos para abrir un claro donde instalar su granja —el rifle, entretanto, era su medio de subsistencia—, era joven y fuerte, y estaba lleno

⁵ Detalles.

⁶ En la época en que sucedieron los hechos narrados, no se acostumbraba que la policía o el periodismo se ocuparan de investigar o informar acerca de una muerte de estas características.

⁷ Quitar la maleza, desobstruir, limpiar.

de esperanzas. En esa región del este de donde venía, se había casado, según era la costumbre, con una joven que por todos los motivos merecía su más honesta devoción, capaz de compartir con alegría y buena voluntad los peligros y las privaciones que le tocaran en suerte. No existe registro conocido de su nombre; sobre los encantos de su alma y de su persona, la historia guarda silencio, y quien dude queda en libertad de abrigar sus dudas; pero ¡Dios me libre de compartirlas! Del cariño y la felicidad de ambos hay suficiente evidencia en cada día de gracia⁸ de la vida viuda de aquel hombre; pues ¿qué, sino el magnetismo de una memoria bendita, podía encadenar un espíritu aventurero a un destino como aquel?

Un día Murlock volvió de cazar en un paraje lejano del bosque y se encontró con que su esposa estaba postrada con fiebre y deliraba. No había un médico ni un vecino en kilómetros, ni se hallaba ella en una condición tal que se la pudiera dejar sola para ir a buscar ayuda. Entonces, el hombre se dedicó a cuidarla para devolverle la salud; pero al final del tercer día ella quedó inconsciente y falleció, al parecer, sin el menor destello de cordura recuperada.

Por lo que conocemos de una naturaleza como la suya, podemos aventurarnos a bosquejar algunos detalles más en el contorno del cuadro dibujado por mi abuelo. Cuando se convenció de que ella estaba muerta, Murlock tuvo la sensatez suficiente para recordar que a los muertos debe preparárselos para el funeral. En la ejecución de este sagrado deber, él cometió de vez en cuando algunas torpezas, hizo algunas cosas incorrectamente, y otras que habían sido bien hechas fueron repetidas una y otra vez. Sus fracasos ocasionales al llevar a cabo un acto simple y común

⁸ Beneficio que se hace a uno sin merecimiento suyo; concesión gratuita. En este caso, se refiere al tiempo de vida que Dios le concedió a este personaje, tras la muerte de su mujer.

lo llenaban de asombro, como si fuera un borracho que se extraña ante la suspensión de las leyes naturales conocidas. Estaba sorprendido, también, de que él mismo no llorara; sorprendido y además un poco avergonzado: sin duda es cruel no llorar por los muertos.

“Mañana”, se dijo en voz alta, “tendré que hacer el cajón y cavar la fosa. Y luego la extrañaré, cuando ya no esté a la vista, pero ahora... ella está muerta, por supuesto, pero todo está bien; tiene que estar bien, de alguna manera. Las cosas no pueden estar tan mal como parece.”

Se quedó de pie junto al cuerpo, en medio de la luz mortecina, acomodando el pelo y dando los últimos toques al aliño⁹ sencillo, haciendo todo mecánicamente, con atención impersonal. Y, aun así, por su conciencia corría el oculto convencimiento de que todo estaba bien, de que él la tendría a ella nuevamente como antes, y todo sería explicado. No había tenido experiencia en la aflicción; su capacidad no había sido ampliada por el uso. Su corazón no podía contenerla toda, ni su imaginación terminar de concebirla. Él no se daba cuenta de lo dolido que estaba: ese conocimiento vendría después y no se iría jamás. La aflicción es una artista de poderes tan variados como los instrumentos en los que tañe sus endechas¹⁰ por los muertos, evocando de algunos las notas más agudas, las más chirriantes, y de otros los acordes graves, bajos, que palpitan recurrentes como el lento batir de un lejano tambor. A algunas naturalezas las sobresalta; a otras las deja estupefactas. A uno se le clava como una flecha, cuyo escozor aguza¹¹ la

⁹ Arreglo.

¹⁰ Canciones tristes.

¹¹ Sacar punta a una cosa. En sentido figurado, hablando de la inteligencia o los sentidos, los hace más perspicaces.

sensibilidad, reviviéndola; a otro le cae como un mazazo, que embota sus sentidos al aplastarlos. Podemos imaginarnos que Murlock haya sido afectado así, porque (y aquí nos hallamos en terreno más seguro que el de la conjetura), ni bien hubo terminado su piadosa obra, dejándose caer en una silla junto al lado de la mesa donde yacía el cuerpo, y notando qué blanco se veía el perfil en la penumbra cada vez más honda, posó los brazos sobre el borde de la mesa y hundió la cara entre ellos, aún sin lágrimas y exhausto hasta lo indecible. ¡En ese momento, entró por la ventana abierta un largo quejido, como el llanto de un niño perdido en las profundidades del bosque cada vez más oscuro! Pero el hombre no se movió. Una vez más, y más cerca que antes, sonó el grito ultraterreno¹² en su conciencia agotada. Quizás era un animal salvaje; quizás era un sueño. Porque Murlock dormía.

Horas más tarde, según pareció luego, este deudo¹³ que no se había mantenido en vela se despertó, y levantando la cabeza por sobre sus brazos escuchó —no supo por qué. Allí, en la negra oscuridad junto a la muerta, recordándolo todo sin estremecerse, forzó la vista para mirar —no supo qué. Sus sentidos estaban plenamente alertas, su aliento suspendido, su sangre había aquietado su marea como para ayudar a su silencio. ¿Quién... qué lo había despertado, y dónde estaba?

De pronto, la mesa se sacudió bajo sus brazos, y al mismo tiempo oyó, o le pareció que oía, un paso ligero, suave, distinto: ¡pisadas de pies descalzos por el piso!

Estaba tan aterrado que no podía gritar ni moverse. Por fuerza esperó, esperó allí en la oscuridad durante lo

¹² Sobrenatural, de otro mundo.

¹³ Pariente.



que le parecieron siglos de tanto terror como el que puede llegar a conocerse, y, aun así, vivir para contarlo. En vano trató de pronunciar el nombre de la muerta; en vano intentó extender la mano por la mesa para saber si ella seguía ahí. Su garganta no podía hacer nada, sus brazos y sus manos eran como de plomo. Entonces ocurrió algo sumamente aterrador. Un cuerpo pesado pareció lanzado contra la mesa, con un ímpetu que la empujó contra su pecho casi con tanta fuerza como para tumbarlo de la silla. Y al mismo tiempo oyó y sintió la caída de algo en el suelo, con un porrazo tan violento que toda la casa se estremeció por el impacto. Siguió una pelea y una confusión de sonidos imposible de describir. Murlock se había puesto de pie. El miedo, aunque lo obnubilaba¹⁴, le daba por exceso la ilusión de hallarse en pleno dominio de sus facultades. Echó los brazos sobre la mesa. ¡Ahí no había nada!

Hay un punto en que el terror puede tornarse locura; y la locura incita a la acción. Sin intención definida, sin ningún motivo más que por el impulso caprichoso de un loco, Murlock saltó hasta la pared, tanteó para agarrar su rifle cargado y, sin apuntar a ningún blanco, lo descargó. ¡A la luz del fogonazo que alumbró la estancia¹⁵ con una iluminación vívida, vio a una enorme pantera que arrastraba hacia la ventana el cuerpo de la mujer muerta, con los colmillos clavados en su garganta! Entonces hubo una oscuridad más negra que antes, y silencio. Y cuando él recobró la conciencia, el sol estaba alto y el bosque cantaba con las voces de los pájaros.

El cuerpo yacía junto a la ventana, donde la bestia lo había dejado al espantarse por el fogonazo y el estampido

¹⁴ Cegaba, ofuscaba.

¹⁵ Aposento, vivienda.

del rifle. La ropa estaba desarreglada, el largo cabello revuelto, los miembros desparramados. De la garganta, horriblemente lacerada¹⁶, había brotado un charco de sangre que seguía sin coagularse. La cinta con que él le había atado las muñecas estaba rota; las manos se cerraban firmemente en puños. Entre los dientes había un fragmento de la oreja del animal.

De: *Tales of Soldiers and Civilians*, 1890.
(Traducción de Beatriz Vignoli.)

¹⁶ Herida, lastimada.

El relato del polvo blanco

de Arthur Machen

El autor

Nació el 3 de marzo de 1863, en el condado galés de Gwent. Su nombre era Arthur Llewelyn Jones, pero adoptó el apellido de su madre: Machen.



Con la intención de convertirse en periodista, viajó a Londres, donde terminó trabajando en una imprenta para evitar morir de hambre.

En 1887, heredó de su padre una suma de dinero que le permitió dejar de trabajar. Entre 1889 y 1899, escribió muchos de los cuentos fantásticos que lo harían famoso; sin embargo, la crítica de su época los consideró fruto de una imaginación enferma: "El gran dios Pan", "El pueblo blanco", y su novela *Los tres impostores*.

En 1899, la muerte de su esposa, Amelia How, lo llevó a abandonar la literatura y a unirse a una sociedad secreta dedicada al esoterismo.

Cuando se agotó su herencia, comenzó a trabajar como actor. Durante ese feliz período de ocho años, se casó con Dorothy Purefoy Hudleston, con la que tuvo dos hijos.

Falleció en 1947, en la pobreza, y habiendo logrado una gran popularidad como escritor.

El texto

Una de las singularidades de este cuento reside en que está narrado por una mujer, la hermana del protagonista. Esta narradora es el testigo privilegiado de los macabros cambios que padece su hermano. Debido a la elección de este punto de vista, el tono del relato es absolutamente original, porque está teñido de la desesperación que produce la cercanía entre los dos personajes.

El relato del polvo blanco

Mi apellido es Leicester; mi padre, el general de división Wyn Leicester, distinguido oficial de artillería, sucumbió hace cinco años a las complicaciones de una enfermedad del hígado adquirida en el clima letal de la India. Un año más tarde, mi único hermano, Francis, regresó a casa luego de una carrera destacada y brillante en la Universidad, y se sentó con la determinación de un ermitaño a dominar aquello que bien se ha dado en llamar "la leyenda de la ley". Era un hombre que parecía vivir sumido en la mayor indiferencia ante todo lo que recibe el nombre de placer. Y aunque era más bello que la mayoría de los hombres, y podía hablar con tanta gracia y chispa como si fuese un simple vagabundo, evitaba la compañía, y se encerró en un enorme cuarto del piso más alto de la casa para convertirse en abogado. Diez horas diarias de ardua lectura eran su ración al principio. Desde que la primera luz surgía en el este hasta que empezaba a bajar el sol, él permanecía encerrado con sus libros, tomando conmigo un almuerzo apresurado de media hora, como si se resintiera por el desperdicio de minutos, y salía a dar un paseo corto cuando comenzaba a anochecer. Yo pensaba que una dedicación tan implacable debía resultarle dañina, y traté de tentarlo para que descansara de los intrincados libros de texto, pero su ardor parecía crecer antes que disminuir, y su cuenta

diaria de horas aumentó. Le hablé seriamente, sugiriéndole alguna distracción ocasional, así fuese una tarde de ocio con una novelita inofensiva; pero se rió, y dijo que leía sobre el régimen feudal de tenencia de tierras cuando sentía la necesidad de entretenerse, y se burlaba de la idea de ir al teatro o pasar un mes tomando aire fresco. Tuve que admitir que se lo veía bien, y que no parecía fatigado por sus esfuerzos, pero yo sabía que una labor tan antinatural al fin se cobraría lo suyo, y no me equivocaba. Una mirada de angustia comenzó a rondar por sus ojos, y se lo veía lánguido, y al final admitió que no se hallaba en perfecto estado de salud. Le molestaba, decía, una sensación de mareo, y se despertaba de vez en cuando al cabo de una noche entera de soñar pesadillas, aterrorizado y aterido por un sudor glacial.

— Me estoy cuidando — decía —, así que no debes preocuparte. Pasé toda la tarde de ayer descansando, recostado en ese sillón cómodo que me regalaste, y garrapateando narderías en una hoja de papel. No, no; no me excederé en mi tarea. Estaré bien en una o dos semanas, cuenta con eso.

Aun así, pese a sus aseveraciones, para mí era evidente que no mejoraba, sino que más bien empeoraba. Siempre entraba en la sala de estar con una expresión de desaliento y tristes arrugas en toda la cara, y se esforzaba por parecer alegre si mi mirada se cruzaba con la suya. Pensé que aquellos síntomas no auguraban nada bueno; a veces me asustaban sus miradas indescifrables y la irritación nerviosa de sus movimientos. En gran medida contra su voluntad, lo convencí de que consultara a un doctor, y de mala gana llamó a nuestro médico de cabecera. El doctor Haberdén me reconfortó luego de examinar a su paciente.

— No es prácticamente nada de importancia — me dijo —. Sin duda lee mucho y come muy deprisa, y luego

vuelve a sus libros con demasiado apuro, y la consecuencia natural de esto es algún trastorno digestivo y un leve daño al sistema nervioso. Pero pienso (y de verdad lo pienso, señorita Leicester) que podremos solucionar esto a la perfección. Le he escrito una receta de la que espero excelentes resultados. De modo que usted no tiene de qué preocuparse.

Mi hermano insistió en que la receta fuese preparada por un farmacéutico del barrio. Su farmacia era un negocio extraño, anticuado, desprovisto de la estudiada coquetería y el esplendor calculado que vuelven tan atractivos a la vista los mostradores y estanterías del moderno boticario; pero Francis era fiel al viejo farmacéutico, y confiaba en la escrupulosa pureza de sus remedios. El medicamento era enviado puntualmente, y noté que mi hermano lo tomaba todos los días luego del almuerzo y de la cena. Era un polvo blanco de aspecto inofensivo, del cual se disolvía una pequeña cantidad en un vaso de agua fría. Yo lo revolvía, y parecía desaparecer, dejando el agua clara y transparente.

Al principio tuve la impresión de que a Francis le hacía mucho bien. Los signos de cansancio desaparecieron de su cara, y se volvió más alegre que en sus épocas de estudiante. Hablaba muy contento de sus ganas de cambiar, y reconocía que había perdido el tiempo.

— Entregué demasiadas horas a la ley — decía, riendo —. Creo que me salvaste justo a tiempo. Ven, algún día me tocará llegar a canciller, pero no debo olvidarme de vivir. Tú y yo nos iremos de vacaciones juntos dentro de poco; iremos a París a disfrutar, y nos mantendremos lejos de la Biblioteca Nacional.

Confesé que me encantaba el proyecto.

— ¿Cuándo iremos? — dije —. Puedo empezar los preparativos pasado mañana si gustas.

—¡Ah! Eso tal vez sea muy pronto. Después de todo, aún no conozco Londres, y supongo que un hombre tiene que dar prioridad a los encantos de su propio país. Pero partiremos juntos en una semana o dos, así que ponte a repasar tu francés. Yo, por mi parte, solo sé francés jurídico, y temo que no sirva.

Ni bien terminamos de cenar, sorbió a grandes tragos su medicamento, pavoneándose como si estuviera de jarana y como si bebiera un vino de la reserva más selecta.

—¿Tiene algún sabor en especial? —dije.

—No —respondió—. Podría ni enterarme de que no estoy tomando agua —y se levantó de su silla y empezó a pasearse por la sala, nervioso e indeciso, como si no supiera qué hacer.

—¿Tomamos café en la sala de estar? —dije—. ¿O prefieres fumar?

—No, creo que daré una vuelta; me parece que es un hermoso atardecer. Mira el crepúsculo. Vaya, es como si una gran ciudad ardiera en llamaradas, y allá abajo entre las casas oscuras lloviera sangre a cántaros. Sí, saldré, puede que vuelva pronto, pero llevaré mi llave. Así que buenas noches, querida, si no te vuelvo a ver.

La puerta se cerró con fuerza detrás de él, y lo vi caminar alegremente por la calle, balanceando su bastón de caña, y sentí gratitud hacia el doctor Haberdén por semejante mejoría.

Creo que mi hermano volvió bastante tarde esa noche, pero estaba de buen humor a la mañana siguiente.

—Caminé sin saber adónde iba —dijo—. Y entonces, entre la multitud de la calle, me encontré a Orford, un amigo de nuestros tiempos de estudiantes, y luego... bueno, pasamos un rato entretenido, sentí lo que es ser joven y ser hombre. Descubrí que tengo sangre en las venas, igual que

los demás hombres. Quedé en encontrarme con Orford esta noche. Habrá una pequeña fiesta en nuestro honor en el restaurante. Sí: me divertiré una semana o dos, y oiré las campanadas de medianoche, y luego emprenderemos nuestro viajecito.

Fue tal la transformación del carácter de mi hermano, que en pocos días se convirtió en un amante de los placeres, un despreocupado y alegre turista de la zona oeste¹, un cazador de buenos restaurantes, y un fino crítico de la danza exótica. Engordó a ojos vistas, y no dijo nada más de París, porque estaba claro que había encontrado su paraíso en Londres. Me puse contenta, y, con todo, me quedé un poco intrigada; porque había, pensé, algo en su alegría que me causaba un malestar indefinido, aunque no pudiera precisar mi sensación.

Pero gradualmente se produjo un cambio. Él todavía regresaba en las horas frías de la madrugada, pero yo ya no lo oía hablar más de sus placeres, y una mañana en que nos sentamos a desayunar juntos, lo miré de pronto a los ojos y ante mí vi a un extraño.

—¡Oh, Francis! —grité—. ¡Oh, Francis, Francis! ¿Qué hiciste?

Y sollozos desgarrados entrecortaron mis palabras. Salí llorando de la sala; porque, aunque no supiera nada, sabía todo. Por alguna insólita asociación de ideas, recordé el atardecer en que él salió por primera vez, y la imagen de la puesta de sol resplandeció ante mí: las nubes que parecían una ciudad envuelta en llamas, y la lluvia de sangre. Aun así luché contra tales pensamientos, y llegué a la conclusión de que tal vez no había pasado nada malo, y esa

¹ La zona oeste ("West End") es el centro social y cultural de la ciudad de Londres, donde se encuentra la residencia de la familia real. Polo de atracción turística, el "West End" se caracteriza por sus numerosos museos de arte y sitios de interés histórico, y por la vida nocturna.

noche durante la cena me decidí a exigirle que fijara una fecha para nuestras vacaciones en París.

Habíamos conversado tranquilos, y mi hermano acababa de tomar su remedio, lo que siguió haciendo todo el tiempo. Yo estaba por empezar a hablar de mi tema, cuando las palabras que se formaban en mi mente se desvanecieron, y me pregunté por un segundo qué gélido e intolerable peso oprimía mi corazón y me sofocaba con un horror indecible, semejante al de la tapa del ataúd cuando se cierra sobre los vivos. Habíamos cenado sin velas; la sala había pasado lentamente de la penumbra a la tiniebla, y las paredes y los rincones ya no se distinguían en la oscuridad. Pero desde donde me sentaba miré a la calle. Y mientras pensaba en qué decirle a Francis, el cielo adquirió un rubor resplandeciente, como lo había hecho en un atardecer que yo tenía muy presente en mi memoria, y en la brecha entre dos masas oscuras que en realidad eran edificios apareció un pavoroso espectáculo de fuegos: impresionantes vórtices² de nubes retorciéndose, y hondas profundidades llameantes; masas grises como el vaho que sale de las chimeneas humeantes de la ciudad, y una gloria maligna que ardía en lo alto, surcada de lenguas de un fuego más ardiente aún, y, debajo, parecía haber un hondo charco de sangre.

Bajé la vista hasta donde mi hermano estaba sentado frente a mí, y las palabras ya se habían formado en mis labios, cuando vi su mano posada en la mesa. Entre el pulgar y el índice de la mano cerrada había una marca, una mancha del tamaño de una moneda de seis peniques³, y del color aproximado de un moretón grave. Aun así, según un

² Torbellinos, remolinos.

³ Un penique es la centésima parte de la libra esterlina.

sexto sentido que no alcanzo a definir, supe que lo que veía no era un moretón en absoluto. ¡Ay! Si la carne humana pudiera arder como llama, y si la llama fuera negra como brea, eso sería lo que estaba ante mí. Sin que me fuera posible pensar ni articular palabra, un sordo horror tomó forma en mi interior ante el espectáculo, y una célula interna me advirtió que se trataba de una marca. Porque al momento el cielo ensangrentado se volvió medianoche, y cuando recobré el sentido yo estaba sola en la sala silenciosa, y muy poco después oí salir a mi hermano.

A pesar de lo tarde que era, me puse mi sombrero y fui a lo del doctor Haberdon, y en su gran consultorio, mal iluminado con una vela que el doctor trajo consigo, con labios tartamudeantes y una voz que se quebraba pese a mi voluntad, le conté todo, desde el día en que mi hermano empezó a tomar la medicación hasta la cosa terrorífica que acababa de ver apenas media hora antes. Cuando terminé, el doctor me miró durante un minuto con una expresión de gran compasión en su rostro.

— Mi estimada señorita Leicester — dijo —, es evidente que usted está afligida por su hermano. Estoy seguro de que ha estado preocupándose mucho por él. Dígame, ¿no es así?

— Es cierto que estuve afligida — dije —. Hace una o dos semanas que no estoy tranquila.

— Sin duda. Usted sabe, por supuesto, qué cosa tan extraña es el cerebro...

— Entiendo lo que me quiere decir, pero sé que no me engañé. Vi con mis propios ojos lo que acabo de contarle.

— Sí, sí, por supuesto. Pero sus ojos han estado contemplando ese curioso atardecer que tuvimos hoy. Esa es la única explicación. Usted lo verá a una luz más adecuada mañana, estoy seguro. Pero, recuerde, estoy siempre

dispuesto a darles a ustedes la mayor ayuda que me sea posible; no dude en venir a buscarme o mandarme buscar si tiene algún problema.

Salí muy poco reconfortada, llena de confusión y terror y pena, sin saber a dónde dirigirme.

Cuando mi hermano y yo nos encontramos al otro día, no bien verlo noté, con pesar, que su mano derecha —la mano sobre la que yo había visto claramente aquella mancha como de fuego negro— estaba envuelta en un pañuelo.

—¿Qué te pasa en la mano, Francis? —dije con voz firme.

—Nada grave. Me lastimé un dedo anoche, y sangró de un modo horrible. Así que me improvisé un vendaje como pude.

—Te lo vendaré más prolijo, si quieres.

—No, gracias, querida, esto servirá. Supongo que desayunaremos. Tengo bastante hambre.

Nos sentamos y lo observé. Apenas si comió o tomó algo; en cambio, le arrojó la carne al perro cuando pensó que yo no lo veía. Había en sus ojos una mirada que yo hasta el momento nunca había visto, y se me cruzó el pensamiento de que era una mirada que tenía muy poco de humano. Yo estaba firmemente convencida de que, por más terrorífico e increíble que fuera lo que había visto la noche anterior, aquello no era una fantasía, ni un relumbrón del juicio trastornado, y en un momento de la tarde fui de nuevo a la casa del médico. Él movió la cabeza con aire desconcertado e incrédulo, y pareció reflexionar durante unos minutos.

—¿Y usted dice que él todavía sigue tomando la medicación? Pero ¿para qué? Según entiendo, todos los síntomas de los que se quejaba desaparecieron hace mucho. ¿Por qué seguiría tomando el producto si ya está muy bien? Y dicho

sea de paso, ¿dónde se la hizo preparar? ¿En lo de Sayce? Yo nunca mando a nadie ahí; el viejo se está volviendo descuidado. Acompañeme, si no es molestia, a lo del farmacéutico. Quisiera hablar con él.

Caminamos juntos hasta el negocio. El viejo Sayce conocía al doctor Haberden, y estaba dispuesto a darle cualquier información.

—Usted ha estado mandándole esto al señor Leicester durante algunas semanas, según entiendo, con una receta mía —dijo el doctor mientras le daba al anciano un pedazo de papel escrito en lápiz.

El farmacéutico se calzó sus grandes anteojos con imprecisa vacilación y sostuvo el papel con una mano temblorosa.

—Ah, sí —dijo—. Me queda muy poca. Es una sustancia muy poco común, y la he tenido en existencia algún tiempo. Tengo que conseguir más, si es que al señor Leicester le hace bien.

—Tenga la amabilidad de dejarme mirar el producto —dijo Haberden, y el farmacéutico le dio un frasco de vidrio. Retiró el tapón y olió el contenido, y dirigió al anciano una mirada extrañada—. ¿Dónde consiguió usted esto? —dijo—. ¿Y qué es? En primer lugar, esto no es lo que prescribí. Sí, sí, por lo que veo la etiqueta es correcta, pero esta sustancia es otra.

—La tuve mucho tiempo —dijo el anciano con febril terror—, la conseguí en la tienda de Burbage del modo corriente. No se prescribe a menudo, y la he tenido guardada en mis estantes durante algunos años. Ve usted que queda muy poco.

—Mejor démela —dijo Haberden—. Me temo que ha ocurrido algo que no debió suceder.

Salimos del negocio en silencio. El doctor llevaba bajo

el brazo el frasco prolijamente envuelto en papel.

— Doctor Haberdén — dije, cuando anduvimos un breve trecho —. Doctor Haberdén.

— ¿Sí? — dijo, mirándome con cierta tristeza.

— Quisiera que usted me dijera qué ha estado tomando mi hermano dos veces al día desde hace más o menos un mes.

— Francamente, señorita Leicester, no sé. Hablaremos de esto cuando lleguemos a mi casa.

Caminamos deprisa, sin una sola palabra más, hasta que llegamos al consultorio del doctor Haberdén. Me invitó a sentarme y comenzó a pasearse nerviosamente por la sala, con el rostro evidentemente ensombrecido por miedos fuera de lo común.

— Bueno — dijo, al cabo de un largo rato —. Esto es muy extraño. Es natural que usted se sienta alarmada, y debo confesar que mi mente está lejos de estar tranquila. Olvidemos, le ruego, lo que usted me contó anoche y esta mañana, y atengámonos al dato de que el señor Leicester lleva semanas impregnando su cuerpo de una sustancia que me es completamente desconocida. Insisto, no es lo que prescribí; y está por verse qué hay realmente en el frasco.

Lo desenvolvió, y con gran precaución hizo rodar unos granos del polvo blanco sobre un trozo de papel. Los examinó con curiosidad.

— Sí — dijo —, es como el sulfato de quinina, como usted dice. Es grumoso. Pero huélalo.

Me acercó el frasco y me incliné a olerlo. Era un extraño olor penetrante, intenso y deletéreo⁴, como el de algún anestésico fuerte.

⁴ Mortífero, venenoso.

— Voy a hacer que lo analicen — dijo Haberdén —. Tengo un amigo que ha dedicado toda su vida a la química como ciencia. Entonces tendremos algo de donde asirnos. No, no: no me diga más del otro asunto, no soporto escucharlo. Y siga mi consejo y no piense más en eso usted tampoco.

Esa tarde mi hermano no salió después de cenar como de costumbre.

— Ya tuve mis aventuras — dijo con una risa extraña — y debo volver a mis costumbres de antes. Un poco de ley será un buen recreo luego de una dosis tan fuerte de placer — y sonrió para sí, y poco después subió a su habitación. Su mano todavía estaba toda vendada.

El doctor Haberdén vino al cabo de unos días.

— No tengo ninguna noticia especial que darle — dijo —. Chambers no está en la ciudad, así que no tengo más datos que usted sobre la sustancia. Pero me gustaría ver al señor Leicester, si se encuentra.

— Está en su habitación — dije —. Le diré que usted está aquí.

— No, no, yo subiré a verlo. Tendremos una breve y tranquila conversación. Me atrevo a decir que nos hemos preocupado mucho inútilmente; porque, después de todo, sea lo que sea el polvo, parece haberle hecho bien.

El doctor subió las escaleras y, de pie en el vestíbulo, lo oí golpear, y oí abrirse y cerrarse la puerta. Y luego esperé en la casa silenciosa durante una hora, y la quietud se volvió cada vez más intensa a medida que giraban lentamente las agujas del reloj. Entonces vino de arriba el ruido de un portazo y el doctor bajó. Sus pasos cruzaron el vestíbulo e hizo una pausa al llegar a la puerta. Respiré hondo, con tanta dificultad como si estuviera enferma, y me miré en un espejito y me vi pálida. Él entró y se quedó de pie en la

puerta. Un horror inexpresable refulgía en sus ojos; mantuvo el equilibrio teniéndose con una mano del respaldo de una silla. Su labio inferior temblaba como el de un caballo. Tragó saliva y pronunció sonidos ininteligibles antes de hablar.

—Vi a ese hombre —comenzó a decir en un susurro ahogado—. Estuve sentado en su presencia durante esta última hora. ¡Mi Dios! ¡Y estoy vivo y en mi sano juicio! Yo, que he tratado con la muerte durante toda mi vida y que he lidiado con las ruinas humeantes del tabernáculo⁵ terrenal. ¡Pero esto no, ay! ¡Esto no! —y se cubrió la cara con las manos como para no ver algo que estuviera delante de él—. No me mande buscar más, señorita Leicester —dijo con más compostura—. No puedo hacer nada en esta casa. Adiós.

Mientras lo miraba alejarse tambaleante por los escalones y por la vereda hacia su casa, me pareció que había envejecido diez años desde esa mañana.

Mi hermano permaneció en su cuarto. Me llamó con una voz que apenas si reconocí, para decirme que estaba muy ocupado y que quería que le lleváramos sus comidas hasta la puerta y se las dejáramos ahí, de lo cual di orden a los criados.

Desde ese día, me pareció que la noción que llamamos tiempo estaba anulada para mí. Viví horrorizada en un continuo presente, llevando mecánicamente la rutina de la casa y sin decir más que las mínimas palabras necesarias a los criados. De vez en cuando, salía y paseaba nerviosa-

⁵Según el Antiguo Testamento, el tabernáculo es la tienda en la que el pueblo hebreo llevó el Arca de la Alianza y las Tablas de la Ley durante su viaje hacia la Tierra Prometida. También se le da ese nombre al receptáculo que guarda el copón con las hostias, cerca del altar, en las iglesias católicas. En los dos casos el término tiene un sentido trascendente. Aquí, el médico hace referencia a su larga experiencia con las personas moribundas, entendiendo que el cuerpo es el receptáculo que alberga lo misterioso: el alma.

mente y sin rumbo por las calles durante un par de horas y luego volvía a casa. Pero así estuviera yo afuera o adentro, mi espíritu se demoraba ante la puerta cerrada de la habitación de arriba y, con un estremecimiento, esperaba a que se abriera.

Dije que apenas si tenía idea del paso del tiempo; pero supongo que debe de haber sido quince días después de la vista del doctor Haberdén, cuando volví de mi paseo un poco descansada y aliviada. El aire era dulce y agradable; y la forma brumosa de las hojas verdes, flotando como nubes en la plaza, y el aroma de los pimpollos, habían encantado mis sentidos con su magia, y me sentía más feliz y caminaba con paso más ágil. Mientras me demoraba un momento en el cordón de la vereda, esperando que pasara un carruaje antes de cruzar a casa, miré por casualidad a las ventanas, y al instante me sentí como si una turbulencia de aguas heladas y profundas se agitara velozmente en mis oídos. Mi corazón saltó y dio un vuelco, y cayó como en un vacío profundo, y sentí el asombro de un terror sin forma. Extendí una mano a tientas a través de los pliegues de densa oscuridad, desde el oscuro valle de las sombras, y me sostuve para no caer, mientras sentía que todo lo sólido se hundía y desvanecía bajo mis pies.

Había echado un vistazo desde la calle a la ventana del estudio de mi hermano, y en ese momento la cortina fue corrida a un lado, y algo que tenía vida asomó su mirada al mundo. No, no puedo decir que vi un rostro de aspecto humano. Una cosa viva, dos ojos de llamas ardientes me miraron fijo, y estaban en el medio de algo tan informe como mi miedo, el símbolo y la presencia de todo mal y de toda horrenda corrupción.

Me quedé de pie en medio de temblores y escalofríos semejantes a los de un acceso de fiebre, trastornada por los

padecimientos indecibles del miedo y el asco, y durante cinco minutos no pude reunir fuerzas para mover mis miembros. No bien traspuse el umbral de la puerta, corrí escaleras arriba hasta el cuarto de mi hermano y golpeé.

—Francis, Francis —grité—. Por Dios, respóndeme. ¿Qué es eso horrible que hay en tu cuarto? Échalo, Francis; arrójalo lejos de ti.

Oí un ruido como de pies que se arrastraban lenta y torpemente, y un sonido de ahogo, de carraspeo, como si alguien estuviera luchando por articular una palabra, y luego el ruido de una voz, cascada y sofocada, y palabras que yo apenas si alcanzaba a oír.

—Acá no hay nada —dijo la voz—. Te ruego que no me molestes. No me siento bien hoy.

Me alejé, horrorizada y, sin embargo, indefensa. No podía hacer nada, y me pregunté por qué Francis me había mentido, pues yo había visto la aparición tras los vidrios con demasiada claridad y precisión como para engañarme, aunque apenas hubiera sido una visión de un instante. Y me senté, rígida, consciente de que había habido algo más, algo que acerté a ver en el primer foganazo de terror, antes de que esos ojos llameantes me contemplaran. De pronto, lo recordé: mientras yo levantaba la vista fue corrida la cortina, y llegué a tener un vistazo momentáneo de aquello que la movía; y, al recordarla, supe que una imagen horrenda me había quedado grabada en el cerebro para siempre. No era una mano: no había dedos que sostuvieran la cortina, sino que esta era empujada por un muñón negro, cuyo contorno enmohecido y cuyo torpe movimiento, semejante al de la zarpa de una bestia, habían restallado ante mis sentidos antes de que las tenebrosas olas del terror me abrumaran. Luego me derrumbé en el abismo.

Horrorizaba mi espíritu el solo pensamiento de la es-

pantosa presencia que compartía el cuarto de mi hermano. Fui a su puerta y lo llamé de nuevo, pero no hubo respuesta. Esa noche, uno de los sirvientes vino a decirme en un susurro que durante tres días la comida había sido puesta regularmente ante la puerta y había quedado intacta. La criada golpeó, pero nadie le respondió; ella había oído el mismo ruido de pies arrastrándose que yo había notado. Pasaron los días, y a mi hermano le seguían llevando la comida y esta quedaba intacta. Y aunque golpeé y llamé una y otra vez, no obtuve respuesta. Los sirvientes comenzaron a hacerme comentarios; parecían tan alarmados como yo. La cocinera dijo que, cuando mi hermano empezó a encerrarse en su cuarto, ella lo oía salir de noche y rondar por la casa. Y una vez, dijo, la puerta cancel se había abierto y vuelto a cerrar, pero durante varias noches ella no había oído sonido alguno.

Al fin llegó el clímax. Al anoecer, yo estaba sentada en la lóbrega sala que se inundaba de sombras, cuando el resonar de un terrible chillido rompió bruscamente el silencio y oí pies ligeros que bajaban corriendo las escaleras con miedo. Esperé. La criada entró tambaleándose y me miró, pálida y temblando.

—¡Ay, señorita Helen! —susurró—. ¡Ay! Por el amor de Dios, señorita Helen, ¿qué ha pasado? Mire mi mano, señorita. ¡Mire esa mano!

La conduje hasta la ventana y vi que había una mancha negra y húmeda en su mano.

—No entiendo —dije—. ¿Me podrías explicar?

—Yo estaba arreglando su cuarto recién —comenzó—. Estaba dando vuelta las sábanas y, de repente, algo me cayó en la mano, algo húmedo, y miré arriba, y el cielorraso estaba negro y me goteaba encima.

La miré con firmeza y me mordí el labio.

— Ven conmigo — dije —. Trae tu vela.

El cuarto donde yo dormía quedaba debajo del de mi hermano, y cuando entré me sentí temblar. Miré al cielorra-so y vi una mancha, toda húmeda y oscura, de la que caían gotas negras, y un charco del horrendo líquido mojaba las sábanas blancas.

Subí corriendo las escaleras y golpeé fuerte a la puerta.

— Ah, Francis, Francis, mi querido hermano, ¿qué te ha pasado?

Y escuché. Hubo un sonido como de ahogo y un ruido como de agua borboteando y regurgitando, pero nada más. Y llamé más fuerte, pero no hubo respuesta.

A pesar de lo que el doctor Haberden me había dicho, lo fui a buscar. Con lágrimas en las mejillas, le conté todo lo que había pasado y él me oyó con rostro adusto y grave.

— Por el afecto que le tuve a su padre — dijo al fin —, la acompañaré. Aunque no puedo hacer nada.

Salimos juntos. Las calles estaban oscuras y silenciosas, y pesadas por el calor y la sequía de muchas semanas. Vi, a la luz de las lámparas de gas, que el rostro del médico estaba pálido, y cuando llegamos a la casa su mano temblaba.

No vacilamos, sino que subimos directamente. Sostuve la lámpara, y él llamó con voz fuerte y decidida:

— Señor Leicester, ¿me oye? Insisto en verlo. Respóndame de inmediato.

No hubo respuesta, pero ambos oímos el sonido de ahogo que mencioné antes.

— Señor Leicester, lo estoy esperando. Abra la puerta ya mismo, o la derribaré — y llamó por tercera vez en una voz tronante⁶ que retumbaba por las paredes —: ¡Señor Leicester! Por última vez, le ordeno que abra la puerta.

⁶ Que suena fuerte como un trueno.

— Bueno — dijo, luego de una pausa de pesado silencio —. Estamos perdiendo el tiempo aquí. ¿Sería usted tan amable de conseguirme un atizador⁷, o algo similar?

Corrí a un cuartito en el fondo donde se guardaban artículos diversos y encontré una herramienta pesada, una especie de escoplo⁸, que consideré útil para los propósitos del médico.

— Muy bien — dijo —. Esto servirá, me imagino. Le aviso, señor Leicester — gritó fuerte ante el agujero de la cerradura — que estoy por romper la puerta.

Luego oí el tirón del escoplo y la madera que se partía y quebraba a su paso. Con un fuerte crujido, la puerta se abrió de pronto y, por un momento, retrocedimos aterrados ante un horrible grito chirriante. No una voz humana, sino un monstruoso rugido que estallaba inarticulado y nos golpeaba desde la oscuridad.

— Sostenga la lámpara — dijo el médico, y los dos entramos y echamos un rápido vistazo por todo el cuarto —. Ahí está — dijo el doctor Haberden, dando un respingo —. Mire, en ese rincón.

Miré, y una punzada de horror atenazó mi corazón como un hierro candente. Ahí en el piso había una masa oscura y pútrida, que supuraba pestilencia y horrenda podredumbre, ni líquida ni sólida, sino que se derretía y transformaba ante nuestros ojos, y borboteaba con burbujas grasientas y pegajosas como brea hirviente. Y en su centro brillaban dos puntos llameantes como ojos, y vi un bullir de miembros que se retorcían, y algo se movió y levantó lo que pudo haber sido un brazo.

⁷ Varilla que sirve para remover los leños con que se hace el fuego del hogar.

⁸ Herramienta de hierro acerado, con mango de madera y boca formada por una pieza cortada en diagonal, que se utiliza en carpintería.

El médico avanzó un paso, levantó la barra de hierro y golpeó los puntos llameantes. Hundió el arma y golpeó una y otra vez, con la furia de la repulsión.

...

Una o dos semanas después, cuando me hube recuperado en parte del terrible trauma, el doctor Haberdén vino a verme.

—Vendí mi consultorio —comenzó diciendo—, y mañana salgo en un largo viaje por mar. No sé si regresaré alguna vez a Inglaterra. Lo más probable es que compre una parcela de tierra en California y me radique allí por el resto de mis días. Le traje este sobre, que usted puede abrir y leer cuando se sienta capaz de hacerlo. Contiene el informe del doctor Chambers sobre lo que le envié. Adiós, señorita Leicester, adiós.

Cuando se hubo ido, abrí el sobre. No podía esperar, y enseguida me puse a leer los papeles que contenía. Aquí está el manuscrito y, si ustedes me permiten, les leeré la asombrosa historia que contiene:

“Mi estimado Haberdén”, empezaba la carta, “me he demorado inexcusablemente en contestar a sus preguntas respecto de la sustancia blanca que usted me envió. A decir verdad, dudé algún tiempo sobre qué curso de acción tomar, porque hay tanto fanatismo y canon ortodoxo⁹ en la ciencia como en la teología, y supe que si yo le decía a usted la verdad ofendería prejuicios arraigados que alguna vez sostuve yo mismo. Sin embargo, he decidido serle franco, y primero debo entrar en una breve explicación personal.

⁹ El canon ortodoxo es el conjunto de reglas que conforman la doctrina de una religión, una ciencia o cualquier área del pensamiento. Con esta expresión, el personaje se refiere al apego irracional de algunas personas a los principios que rigen la ciencia y la teología.



<ALVI-

“Usted, Haberden, me ha conocido durante muchos años como un científico. Usted y yo a menudo nos hemos reunido para conversar sobre nuestra profesión, y hablamos del abismo que se abre ante los pies de quienes creen que van a poder alcanzar la verdad absolutamente por cualquier otro medio que no sea el camino trillado del experimento y la observación en la esfera de las cosas materiales. Recuerdo el desprecio con que usted me comentó a menudo sobre hombres de ciencia que se debatieron un poco en lo invisible¹⁰, y yo tímidamente insinué que quizás los sentidos no son, después de todo, los eternos límites impenetrables de todo conocimiento, las paredes imperecederas más allá de las cuales ningún ser humano pasó jamás. Nos reímos juntos con ganas, y creo que con justicia, de las chifladuras ‘ocultistas’¹¹ del momento, disfrazadas bajo diversos nombres: hipnosis, espiritualismos¹², materializaciones¹³, teosofías¹⁴, toda la caterva¹⁵ de la impostura, con su maquinaria de trucos misérrimos y débiles conjuros, el verdadero submundo de las gastadas calles de Londres.

¹⁰ Con esta expresión, el personaje se refiere a todos aquellos fenómenos que, a diferencia de los objetos estudiados por la ciencia, no son comprobables ni explicables a través de los sentidos.

¹¹ El ocultismo es la doctrina que pretende investigar y utilizar las fuerzas ocultas de la naturaleza, especialmente las de carácter misterioso o sobrenatural.

¹² Sistemas filosóficos que defienden la esencia espiritual del alma, y se contraponen a los materialismos.

¹³ Para los espiritistas, la materialización es el proceso por medio del cual el espíritu de una persona muerta se torna sólido o material por un tiempo determinado. Este fenómeno ocurre durante las sesiones de espiritismo y en presencia de un médium que es quien “transporta” el espíritu a un cuerpo.

¹⁴ Conjunto de creencias supersticiosas fundadas en el espiritismo y en la reencarnación de las almas.

¹⁵ Abundancia de cosas de poco valor agrupadas en desorden.

“Aun así, a pesar de lo que dije, debo confesarle que no soy materialista¹⁶, tomando la palabra, por supuesto, en el sentido de alguien que no cree en la realidad del alma. Han pasado ya varios años desde que me convencí a mí mismo — me convencí a mí mismo, escéptico, recuerde — de que la vieja y férrea teoría es total e íntegramente falsa. Quizás esta confesión no lo herirá a usted tanto como lo hubiera hecho veinte años atrás; porque creo que usted no habrá dejado de notar que, desde hace algún tiempo, los hombres de ciencia vienen presentando hipótesis que son nada menos que trascendentales, y sospecho que la mayoría de los más prestigiosos químicos y biólogos modernos no dudarían en suscribir la sentencia del antiguo escolástico¹⁷: *Omnia exeunt in mysterium*¹⁸, lo que significa, según entiendo, que cada rama del conocimiento humano se desvanece en el misterio si es rastreada hasta su fuente y sus principios fundamentales.

“No hace falta que lo moleste ahora con un relato detallado de los dolorosos pasos que me condujeron a mis conclusiones. Bastaron algunos experimentos sencillos para empezar a hacerme dudar de mi punto de vista de entonces, y una cadena de pensamientos, que se inició a partir de circunstancias relativamente banales, me llevó lejos. Fue barrida mi antigua concepción del universo, y estoy parado en un mundo que semeja ser tan extraño y terrible para mí como las infinitas olas del océano vistas por primera vez, resplandecientes, desde un pico en Da-

¹⁶ El materialismo es la doctrina filosófica que solo admite como sustancia la materia y niega la existencia del alma y de las leyes metafísicas.

¹⁷ Los escolásticos eran los miembros de una escuela filosófica de la Edad Media, en la que dominaba la enseñanza de los libros de Aristóteles y cuya figura principal fue Santo Tomás de Aquino.

¹⁸ En latín: “Todo desemboca en el misterio”.

rién¹⁹. Ahora sé que las paredes del sentido común, que parecían tan impenetrables, que parecían alzarse por sobre los cielos y cimentarse bajo las profundidades y encerrarnos para siempre, no son barreras tan perdurables como imaginábamos, sino velos de lo más etéreos y leves, que se disuelven ante el buscador de sabiduría y se diluyen como la niebla matinal que flota sobre los arroyuelos. Sé que usted nunca sostuvo la posición materialista extrema. Usted no anduvo por ahí tratando de demostrar una negación universal, porque su razón lógica lo previno de ese colmo del absurdo. Pero estoy seguro de que todo esto que digo resultará extraño y repelente a sus hábitos de pensamiento. Aun así, Haberden, lo que le digo es verdad, y lo es aun en nuestra lengua común, la mera verdad científica, comprobada por la experiencia. Y el universo es en verdad más espléndido y más aterrador de lo que soñábamos. Todo el universo, amigo mío, es un tremendo sacramento, de una fuerza y una energía místicas, inefables²⁰, veladas por la forma externa de la materia; y el hombre, y el Sol y otras estrellas, y la flor en la pradera, y el cristal en el tubo de ensayo, cada uno de ellos es igualmente espiritual y material, y sujeto a un funcionamiento interno.

“Usted probablemente se preguntará, Haberden, adónde quiero llegar con todo esto. Pero creo que, pensando un poco, se le aclarará. Usted comprenderá que, desde semejante punto de vista, cambia íntegramente la visión de las cosas, y lo que considerábamos increíble y absurdo puede ser bastante posible. En resumen, debemos mirar a

¹⁹ Provincia montañosa de Panamá, con costas sobre el mar de las Antillas. Era familiar para los ingleses porque toda esa zona de América Central, en especial Panamá, fue frecuentada por piratas y conquistadores europeos que querían apropiársela, debido a su ubicación estratégica. La frase también es una alusión a un conocido soneto del poeta inglés John Keats, titulado “Al leer por primera vez el Homero de Chapman”.

²⁰ Que no pueden ser explicadas con palabras.

la leyenda y a la creencia con otros ojos, y estar preparados para aceptar historias que se habían convertido en meras fábulas. En efecto, esto no es tanto pedir. Después de todo, la ciencia moderna concederá lo mismo de una manera hipócrita. Es cierto: usted no debe creer en la brujería, pero le puede dar crédito al hipnotismo. Los fantasmas han pasado de moda, pero hay bastante que decir sobre la teoría de la telepatía. Debería haber un proverbio que dijera: ‘Démosle a la superstición un nombre griego, y creamos en ella’.

“Hasta aquí mi explicación personal. Usted, Haberden, me envió una ampolla, taponada y sellada, que contenía una pequeña cantidad de polvo blanco grumoso, obtenido de un farmacéutico que la ha estado administrando a un paciente suyo. No me sorprende enterarme de que este polvo se ha resistido a dar resultado alguno en sus análisis. Es una sustancia que fue conocida hace muchos siglos por un selecto puñado de elegidos, pero que nunca imaginé que pudiera provenir de la farmacia de un boticario moderno. Parece no haber razón para dudar de la verdad del relato de este hombre; pues sin duda él obtuvo del farmacéutico mayorista, como él dice, la sal bastante poco común que usted recetó, y es probable que esta haya permanecido en su estante durante veinte años, o tal vez más. Aquí empieza a obrar lo que llamamos coincidencia y azar: durante todos estos años la sal del interior de la botella fue expuesta a ciertas variaciones recurrentes de temperatura, variaciones que probablemente vayan de los 10 a los 20 grados centígrados. Y, de hecho, semejantes cambios, repetidos año tras año a intervalos irregulares, y con grados variables de intensidad y duración, han constituido un proceso, y un proceso de tal complejidad y delicadeza, que no sé si un aparato científico moderno controlado con la mayor preci-

sión podría producir el mismo resultado. El polvo blanco que usted me mandó es algo muy distinto de la sustancia que usted prescribió: es el polvo en base al cual se preparaba el vino del *Sabbath*²¹, o *Vinum Sabbati*.

“Sin duda usted ha leído sobre el *Sabbath* de las brujas, y se ha reído de los cuentos que aterraban a nuestros ancestros: los gatos negros y las escobas y las maldiciones pronunciadas contra la vaca de alguna vieja. Desde que supe la verdad, siempre reflexioné que en general es una suerte que se les dé crédito a semejantes parodias, porque estas sirven para ocultar muchas cosas que no conviene dar a conocer al público en general. Sin embargo, si usted se toma la molestia de leer el apéndice a la monografía de Payne Knight²², encontrará que el verdadero *Sabbath* era algo muy distinto, aunque, muy atinadamente, el autor no se haya permitido dar a la imprenta todo lo que sabía. Los secretos del verdadero *Sabbath* eran los secretos de tiempos remotos que subsistían en la Edad Media, secretos de una ciencia maligna que existía muchos años antes de que los arios llegaran a Europa. Hombres y mujeres, seducidos con tentadoras artimañas y alejados así de su hogar, se encontraban con seres bien calificados para asumir, como de hecho asumían, el papel de diablos, y eran llevados por sus mentores a algún paraje remoto y desierto, conocido por una larga tradición de iniciados²³ y desconocido para los demás. Quizás era una cueva en alguna colina árida y barrida por el viento, quizás algún rincón inaccesible de un gran bosque, y allí se realizaba el *Sabbath*. Allí, en la ho-

²¹ Reunión nocturna de las brujas.

²² Richard Payne Knight (1750-1824) fue un erudito británico, considerado un defensor del libertinaje debido a su interés científico por los antiguos cultos paganos.

²³ Personas que tienen experiencia en un culto secreto o participan de ceremonias de este tipo.

ra más negra de la noche, se preparaba el *Vinum Sabbati*, y esta maligna pócima les era escanciada²⁴ a los neófitos²⁵, quienes participaban del sacramento infernal, *sumentes calicem principis inferorum*²⁶, como bien lo expresa un autor antiguo. Y de pronto, cada uno de quienes habían bebido era atendido por una compañía, un anticipo del esplendor y los goces paradisiacos, que lo atraía irresistiblemente a deleitarse juntos en placeres más exquisitos, más arrobadores que la excitación de cualquier sueño, hasta la consumación del matrimonio del *Sabbath*. Es difícil escribir acerca de cosas como estas, especialmente dado que la forma del atractivo amante no era alucinación alguna sino, por más desagradable que resulte decirlo, el hombre mismo. Por el poder de ese vino del *Sabbath* — algunos granos de polvo blanco disueltos en un vaso de agua —, la morada del alma era destrozada y la humana trinidad se disolvía, y el gusano que nunca muere, el que duerme adentro de todos nosotros, se volvía tangible como entidad externa, y era revestido de carne. Y entonces, en la hora de la medianoche, la caída original²⁷ era repetida y representada, y nacía de nuevo aquello espantoso que se reveló en el mito del Jardín del Edén. Tales eran las *nuptiae Sabbati*²⁸.

“Prefiero no decir más. Usted, Haberden, sabe tan bien como yo que las leyes más elementales de la vida no pueden quebrantarse impunemente. Y a un acto tan terrible como es-

²⁴ Escanciar: servir el vino.

²⁵ Personas recién convertidas a una religión.

²⁶ En latín: “Bebiendo del cáliz del príncipe de los infiernos”.

²⁷ Pecado que cometieron, según la tradición judeocristiana, Adán y Eva en el Paraíso, cuando desobedecieron a Dios, quien les había prohibido comer el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal.

²⁸ Bodas (o encuentros sexuales) entre los que participaban del *Sabbath*.

te, donde el lugar más íntimo del templo era abierto y profanado, le seguía una terrible venganza. Lo que empezaba como corrupción terminaba también como corrupción”.

Debajo aparece lo siguiente en la caligrafía del doctor Haberdén:

Todo lo arriba dicho, por desgracia, es estricta e íntegramente cierto. Su hermano me confesó todo esa mañana cuando lo visité en su cuarto. Lo que primero atrajo mi atención fue la mano vendada, y lo obligué a que me la mostrara. Lo que vi fue tan abominable como para que yo, un médico experimentado, me enfermara de asco, y la historia que fui obligado a escuchar fue infinitamente más terrorífica que cualquier cosa que hubiera podido imaginarme. Me tentó a dudar de la infinita bondad de Dios, el que Él pueda permitir a la naturaleza que ofrezca posibilidades tan horrendas; y si usted no hubiera presenciado el final, yo le diría a usted: no crea en nada de esto. No me quedan, supongo, muchas semanas de vida, pero usted es joven y puede olvidar todo esto.

Dr. Joseph Haberdén

Al cabo de dos o tres meses me enteré de que el doctor Haberdén había fallecido en alta mar, poco después de que su barco zarpara de Inglaterra.

De: *The Three Impostors*, 1895.
(Traducción de Beatriz Vignoli.)

Desde lo oscuro

de H.P. Lovecraft

El autor

El escritor estadounidense Howard Phillips Lovecraft nació el 20 de agosto de 1890. Tenía 7 años cuando empezó a escribir relatos y poemas en los que ya se manifestaba su interés por la literatura macabra.



A los 13 años, fascinado por el personaje de Sherlock Holmes, fundó la "Providence Detective Agency" y, a los 16, empezó a escribir una columna de Astronomía en un diario local. En 1923 comenzó a publicar sus cuentos en la revista *Weird Tales*, pero la mayor parte de su obra apareció póstumamente.

Era sensible y enfermizo, por lo cual asistió al colegio en forma discontinua. A pesar de su dificultad para entablar relaciones, inició una amistad postal con un grupo de escritores que formarían en torno a él el "Círculo Lovecraft". Este grupo (formado por Henry Kuttner, Clark Ashton Smith, y Robert Bloch, entre otros escritores) produjo un trabajo colectivo: *Los Mitos de Cthulhu*.

En 1924, se casó con Sonia Greene, pero el matrimonio duró solo dos años. Murió en 1937, sin dinero y en el anonimato. Las obras más importantes de este gran innovador del relato de terror son *El intruso y otros cuentos*, *El que acecha en la oscuridad* y *En las montañas de la locura*.

El texto

"Desde lo oscuro" es el primero de una serie de seis relatos, publicados en 1922 bajo el título común de *Herbert West: Reanimador*, en distintos números de la revista *Home Brew*. El autor recurre a uno de los motivos clásicos del género de terror: la ciencia médica y las investigaciones alrededor de los límites entre la vida y la muerte. Es importante recordar, en esta tradición, a la criatura que aparece en la novela de Mary Shelley, *Frankenstein*, y, más allá de la producción literaria, el eterno deseo humano de vencer a la muerte.

Desde lo oscuro

De Herbert West, que fue mi amigo en la universidad y después, en la vida, solo puedo hablar con extremo terror. Tal terror no se debe solo al carácter siniestro de su reciente desaparición, sino que fue engendrado por la naturaleza de la obra completa de toda su vida, y empezó a adquirir su forma más aguda hace más de diecisiete años, cuando estábamos en el tercer año de nuestro curso en la Escuela Médica de la Universidad Miskatonic en Arkham¹. Mientras él estuvo conmigo, lo asombroso y diabólico de sus experimentos me resultó siempre de lo más fascinante, y fui su compañero más próximo. Ahora que él ha partido y el hechizo está roto, el miedo auténtico es mayor. Los recuerdos y las posibilidades son aún más horribles que las realidades.

El primer incidente pavoroso que se produjo durante nuestro trato me causó el peor espanto que yo haya experimentado jamás, y es solo con reticencia² que lo repito. Como dije, sucedió mientras estábamos en la escuela médica, donde West ya llamaba la atención con sus excéntricas teorías sobre la naturaleza de la muerte y la posibilidad de superarla en forma artificial. Sus puntos de vista, que eran ampliamente ridiculizados por los profesores y por sus

¹ Antigua ciudad de Massachusetts, en los Estados Unidos, famosa por ser escenario de muchas historias extrañas y horripilantes.

² Reserva, intención de ocultar cosas en lo que se dice.

compañeros, giraban en torno al carácter esencialmente mecánico³ de la vida; y su preocupación era cómo operar la maquinaria orgánica humana mediante una calculada acción química, luego de la falla de los procesos naturales. En sus experimentos con diversas fórmulas de animación, había matado y tratado inmensa cantidad de conejos, cobayos, gatos, perros y monos, hasta convertirse en el individuo más molesto de toda la universidad. Varias veces había obtenido verdaderos signos de vida en animales a los que se suponía muertos. En muchos casos eran signos violentos, pero él pronto notó que la perfección de su proceso, de llegar a ser posible, requeriría necesariamente una vida de investigación. Del mismo modo le quedó claro que, como la misma fórmula nunca daba resultados parecidos en distintas especies orgánicas, iba a necesitar sujetos humanos para un progreso mayor y más especializado. Fue en este punto cuando entró en conflicto por primera vez con las autoridades universitarias, y le prohibieron continuar experimentando. La orden la dio nada menos que el honorable rector de la escuela médica en persona, el erudito y benevolente Dr. Allan Halsey, cuya obra en pro de los desdichados es recordada por todos los residentes ancianos de Arkham.

Yo siempre tuve una tolerancia excepcional para con los proyectos de West, y a menudo conversaba con él sobre sus teorías, cuyas ramificaciones y corolarios⁴ eran casi inagotables. Al sostener, junto con Haeckel⁵, que toda vida es un

³ El mecanicismo es una doctrina que sostiene que los organismos vivos se comportan exactamente igual que las máquinas.

⁴ Conclusiones que se extraen fácilmente a partir de una serie de datos.

⁵ Ernst Heinrich Haeckel, biólogo y filósofo alemán (1834-1919), principal representante del monismo naturalista, concepción filosófica que contradice la distinción tradicional entre cuerpo y alma, o materia y espíritu, como dos realidades diferentes, y en cambio reconoce como única realidad a la naturaleza material.

proceso físico y químico, y que la llamada "alma" es un mito, mi amigo creía que la reanimación artificial de los muertos sólo podía depender de la condición de los tejidos; y que, a menos que se iniciara realmente la descomposición, bastaban las medidas adecuadas para que un cadáver provisto de todos sus órganos pudiera ser puesto a funcionar nuevamente en esa modalidad particular que conocemos como vida. West se daba perfecta cuenta de que la vida psíquica o intelectual podía quedar disminuida por el ligero deterioro de las células nerviosas sensibles que incluso un breve período de muerte era capaz de causar. Su primera esperanza había sido la de encontrar un reactivo⁶ que restableciera la vitalidad antes de la muerte propiamente dicha, y reiterados fracasos en animales habían bastado para demostrarle que los movimientos naturales y artificiales de la vida eran incompatibles. Procuró entonces la frescura extrema de sus especímenes, inyectándoles soluciones en la sangre inmediatamente luego de la extinción de la vida. Fue esta circunstancia la que motivó el indiferente escepticismo⁷ de los profesores, quienes tenían la sensación de que en ninguno de los casos había tenido lugar la muerte propiamente dicha. No se detuvieron a razonar ni a examinar más de cerca la cuestión.

Mucho después de que el cuerpo de profesores prohibiera su trabajo, West me confió su resolución de obtener por algún medio cadáveres humanos frescos y continuar en secreto los experimentos que ya no podía realizar abiertamente. Oírlo hablar de las maneras y los medios precisos era bastante macabro, ya que en la universidad nunca habíamos salido nosotros mismos a buscar especí-

⁶ Sustancia que entra en reacción con otras y produce un cambio químico.

⁷ Incredulidad.

menes anatómicos. Siempre que la morgue⁸ resultaba inadecuada, dos negros del lugar se ocupaban de esto, y rara vez se les hacían preguntas. West era por entonces un joven menudo y esbelto de anteojos, de rasgos delicados, cabello rubio, ojos azul claro y voz suave, y era tan extraño como asombroso oírlo explayarse sobre los méritos relativos del cementerio de la Iglesia de Cristo y el osario⁹ municipal. Terminamos decidiéndonos por el osario municipal, porque prácticamente todos los cuerpos del cementerio de la Iglesia de Cristo estaban embalsamados, algo que por supuesto arruinaría las investigaciones de West.

Yo por esa época era su diligente y fascinado asistente, y lo ayudaba a tomar todas sus decisiones, no solo en cuanto a la procedencia de los cuerpos sino sobre el lugar adecuado para nuestra repugnante obra. Fui yo quien pensó en la granja abandonada de los Chapman, más allá de la colina Meadow, donde acondicionamos la planta baja para hacerla funcionar como quirófano¹⁰ y laboratorio, con tenebrosas cortinas para ocultar nuestros quehaceres de la medianoche. El lugar estaba alejado de cualquier ruta y no había ninguna otra casa a la vista, pese a todo lo cual se nos hacía imprescindible tomar ciertas precauciones, dado que el menor rumor sobre unas luces raras que pudiera ser echado a rodar por ocasionales paseantes nocturnos sería catastrófico para nuestra empresa. Convinimos en que, de ser descubiertos, diríamos que se trataba de un laboratorio químico. De a poco equipamos nuestra siniestra guarida científica con materiales que adquiriríamos en

⁸ Depósito de cadáveres.

⁹ Lugar donde se juntan los huesos sacados de las sepulturas, con el fin de volver a enterrar en ellas otros cadáveres.

¹⁰ Sala especialmente preparada para realizar prácticas médicas de cirugía.

Boston o que sacábamos sin permiso de la universidad — materiales vueltos irreconocibles, salvo para la mirada de un experto — y nos conseguimos picos y palas para los muchos entierros que tendríamos que hacer en el sótano. En el colegio usábamos un incinerador, pero el aparato era muy costoso para un laboratorio no autorizado. Los cuerpos siempre eran una molestia — incluso los cuerpiños de los cobayos que usaba West para pequeños experimentos clandestinos en su cuarto de pensión.

Seguíamos como vampiros las noticias de muertes del lugar, porque nuestros especímenes requerían cualidades particulares. Lo que queríamos eran cadáveres sepultados poco después de la muerte y sin preservación artificial, preferentemente libres de enfermedades degenerativas, y que por supuesto tuvieran todos sus órganos. Las víctimas de accidentes eran nuestra mejor esperanza. Pasaban semanas hasta que nos enterábamos de algo adecuado; y eso que hablábamos con las autoridades del hospital y de la morgue, invocando explícitamente el interés de la universidad, siempre que ello nos fuese posible sin despertar sospechas. Descubrimos que la universidad tenía prioridad en todos los casos, de modo que sería necesario permanecer en Arkham durante el verano, cuando solo se dictaba un reducido número de clases. Al final, sin embargo, la suerte nos favoreció, porque un día nos enteramos de un caso casi ideal en el osario: un obrero joven y musculoso ahogado en el estanque Summer apenas la mañana anterior y enterrado a expensas del fisco¹¹ sin demora ni embalsamamiento. Esa tarde hallamos la nueva tumba y nos propusimos ponernos manos a la obra inmediatamente después de medianoche.

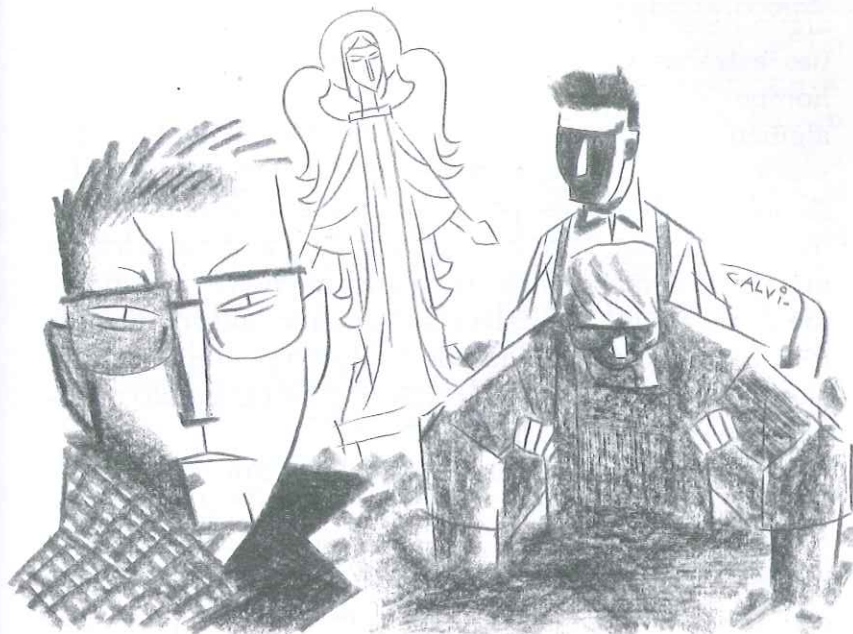
¹¹ Pagado con fondos públicos, de lo que se deduce que no hubo familiares que reclamaran por el cadáver.

Fue una tarea repulsiva la que emprendimos en las horas más negras de la madrugada, aunque nos faltaba en aquella época ese especial horror a los cementerios que después nos sería dado por ulteriores experiencias. Llevábamos palas y linternas oscuras de aceite, porque, aunque ya existían entonces linternas eléctricas, no eran tan satisfactorias como las maravillas de tungsteno de hoy. El proceso de desenterrar era lento y sórdido — podría haber sido mórbidamente¹² poético si hubiéramos sido artistas en vez de científicos — y nos alegramos cuando nuestras palas dieron en la madera. Cuando por fin retiramos toda la tierra de encima del cajón de pino, West bajó a la fosa y levantó la tapa, para luego sacar y enderezar lo que contenía. Me estiré hasta adentro de la tumba y extraje de un tirón el contenido, y luego nos dedicamos ambos a la dura faena de hacer que el sitio recobrara su aspecto inicial. El asunto nos puso bastante nerviosos, en especial la forma rígida y el rostro sin expresión de nuestro primer trofeo, pero nos las arreglamos para borrar todo rastro de nuestra visita. Cuando hubimos apisonado la última palada de tierra, pusimos el espécimen en una bolsa de lienzo y partimos rumbo a la antigua finca de Chapman, más allá de la colina Meadow.

Acostado sobre una mesa de disección improvisada en la antigua granja, a la luz de una poderosa lámpara de acetileno, el espécimen no tenía un aspecto tan espectral. Había sido un joven fornido y aparentemente de pocas luces¹³, perteneciente al tipo plebeyo sano — grande, de ojos grises, de pelo castaño —, un animal saludable sin sutilezas psicológicas, cuyos procesos vitales hubieran sido probablemente de la clase más simple y normal. Ahora, con los

¹² De manera enfermiza.

¹³ Tosco, poco inteligente.



ojos cerrados, parecía más dormido que muerto, aunque el examen experto de mi amigo no dejó ninguna duda al respecto. Al fin teníamos lo que West siempre había deseado: un muerto real de la categoría ideal, listo para recibir la fórmula preparada para uso humano, de acuerdo a los más esmerados cálculos y teorías. Nuestra tensión se incrementó enormemente. Sabíamos que apenas si había una probabilidad de algo siquiera remotamente parecido al éxito, y no podíamos evitar horribles miedos ante los posibles resultados grotescos de una animación parcial. Estábamos especialmente aprensivos¹⁴ en lo que concernía a la mente y los impulsos de la criatura, dado que en el lapso que sigue a la muerte era muy probable que algunas de las células cerebrales más delicadas hubieran sufrido

¹⁴ Personas que ven peligros en todo lo que hacen.

algún deterioro. Yo, por mi parte, sostenía todavía algunas extrañas nociones sobre la tradicional "alma" del hombre, y sentía terror ante los secretos que podría contar alguien que regresaba de la muerte. Me preguntaba qué visiones podría haber visto este plácido joven en las esferas inaccesibles, y qué podía contar si era devuelto plenamente a la vida. Pero mi asombro no era abrumador, ya que por lo demás compartía en gran medida el materialismo de mi amigo. Él estaba más tranquilo que yo mientras forzaba una gran cantidad de su fluido para que entrara en una vena del brazo del cadáver, y de inmediato cerraba herméticamente la incisión.

La espera fue espantosa, pero West nunca flaqueó¹⁵. De vez en cuando aplicaba su estetoscopio¹⁶ al espécimen y soportaba los resultados negativos con filosofía. Al cabo de tres cuartos de hora sin el menor signo vital, declaró con desilusión que la fórmula era inadecuada, pero estaba decidido a aprovechar al máximo su oportunidad y probar un cambio en la fórmula antes de deshacerse de su macabra presa. Esa tarde habíamos cavado una tumba en el sótano, e íbamos a tener que llenarla antes del alba — porque, si bien habíamos puesto cerradura en la casa, deseábamos excluir hasta el más remoto riesgo de un descubrimiento escalofriante. Además, el cuerpo no estaría ni siquiera aproximadamente fresco la noche siguiente. De modo que llevamos la solitaria lámpara de acetileno al laboratorio contiguo, dejamos a nuestro silencioso huésped sobre la losa en la oscuridad y dedicamos todas nuestras energías a preparar una nueva fórmula. Los pesos y medidas eran supervisados por West con atención casi fanática.

¹⁵ Se desanimó.

¹⁶ Instrumento que usan los médicos para auscultar ruidos internos del organismo, como los latidos del corazón.

El horrendo acontecimiento fue muy súbito y completamente inesperado. Yo estaba trasvasando algo de un tubo de ensayo a otro y West trabajaba sobre la lámpara de alcohol a presión que hacía las veces de mechero de Bunsen en este edificio sin gas, cuando, de las profundas tinieblas del cuarto que habíamos dejado, brotó la más espeluznante y demoníaca sucesión de gritos que hubiéramos oído jamás. No menos indescriptible habría sido el caos del sonido del infierno si el propio abismo se hubiese abierto para dejar salir la agonía de los condenados, porque, en una cacofonía¹⁷ inconcebible, se concentraban todo el terror supremo y toda la desesperación sobrenatural de la naturaleza animada. Humano no podía ser — no está en el hombre el producir sonidos semejantes — y, sin pensar un instante en la avanzada hora de nuestros menesteres¹⁸ ni en la posibilidad de que fueran descubiertos, West y yo saltamos a la ventana más próxima como animales despavoridos, volteando tubos, lámpara y retortas, y lanzándonos locamente al abismo estrellado de la noche rural. Creo que gritamos hasta desgañitarnos mientras íbamos frenéticamente dando tumbos hasta el pueblo, aunque, cuando llegamos al suburbio, logramos adoptar cierto semblante de compostura — la suficiente para parecer unos bohemios trasnochados que vuelven a casa trastabillando con una borrachera.

No nos separamos y conseguimos llegar al cuarto de West, donde hablamos en susurros con el velador encendido hasta el alba. Para entonces nos habíamos calmado un poco con teorías racionales y planes para la investigación, de modo que pudimos dormir todo el día — desde ya, habíamos decidido faltar a clase. Pero dos noticias en el diario

¹⁷ Conjunto de ruidos que suenan horriblemente.

¹⁸ Ocupaciones, trabajos.

de esa tarde, que no parecían estar relacionadas en lo más mínimo entre sí, volvieron a desvelarnos. La antigua y abandonada finca de Chapman se había incendiado de manera inexplicable, hasta quedar convertida en un amorfo¹⁹ montón de cenizas; podíamos entender eso por la lámpara volcada. Además, había habido un intento de profanar una tumba nueva en el osario, como si a falta de pala se hubiera arañado la tierra inútilmente. Esto otro no lo podíamos entender, porque habíamos apisonado el túmulo con mucho cuidado de no dejar huellas.

Y durante diecisiete años luego de aquello, West a menudo miraba sobre su hombro y se quejaba de pasos que él imaginaba que lo seguían. Ahora ha desaparecido²⁰.

De: *Herbert West: Reanimator*, 1922.
(Traducción de Beatriz Vignoli.)

¹⁹ Sin forma.

²⁰ El narrador escribe la serie de relatos acerca de su amigo Herbert West luego de que este ha desaparecido en circunstancias misteriosas.

Las ratas del cementerio

de Henry Kuttner

El autor

El escritor estadounidense Henry Kuttner nació en Los Angeles, California, en 1914. Se dedicó a los relatos de terror y ciencia ficción, que escribió, en su mayoría, junto a su mujer, Catherine Lucille Moore, con quien se casó en 1940. Vivieron en Nueva York durante algunos años y luego regresaron a California, donde ambos iniciaron estudios de Psicología. También trabajó para la radio, el cine y la televisión.

A lo largo de su carrera literaria, utilizó 16 pseudónimos, el más conocido de los cuales fue Lewis Padget. Sus textos fueron publicados en los *pulps*, publicaciones realizadas en papel barato, consagradas a las historias fantásticas, de misterio, terror y ciencia ficción. Una de sus obras más importantes es *Mutante*.

Murió en 1958, a causa de un ataque cardíaco. A partir de su muerte, su esposa, que lo sobrevivió 30 años, dejó de escribir.



El texto

En "Las ratas del cementerio", Kuttner se vale de uno de los espacios favoritos del género de terror: el cementerio, umbral entre la vida y la muerte. En este escenario de por sí angustiante, las ratas aparecen en una acumulación pesadillesca y aterradora, creando una de las escenas más inolvidables de la literatura de terror.

Las ratas del cementerio

El viejo Masson, guardián de uno de los más antiguos y descuidados cementerios de Salem¹, sostenía una verdadera contienda con las ratas. Hacía varias generaciones, se había asentado en el cementerio una colonia de ratas enormes procedentes de los muelles. Cuando Masson asumió su cargo, tras la inexplicable desaparición del guardián anterior, decidió hacerlas desaparecer. Al principio, colocaba cepos y comida envenenada junto a sus madrigueras; más tarde, intentó exterminarlas a tiros. Pero todo fue inútil. Seguía habiendo ratas. Sus hordas voraces se multiplicaban e infestaban el cementerio.

Eran grandes, aun tratándose de la especie *Mus decumanus*² cuyos ejemplares miden a veces más de treinta y cinco centímetros de largo sin contar la cola pelada y gris. Masson las había visto hasta del tamaño de un gato; y cuando los sepultureros descubrían alguna madriguera, comprobaban con asombro que por aquellas malolientes galerías cabía sobradamente el cuerpo de una persona. Al

¹ Ciudad del estado de Massachusetts, Estados Unidos. También se la conoce como "la ciudad de las brujas", debido a que, en 1692, un grupo de 19 personas fue acusado de practicar la brujería; se las juzgó y fueron ahorcadas.

² Especie de ratas que alcanza los 35 centímetros y que, según los científicos Virchow y Leydkart, son el origen de la enfermedad conocida como "triquinosis". Oriundas de Asia, estas ratas infectadas habrían llegado a América en las naves españolas, inglesas y francesas que arribaron en los tiempos de la conquista.

parecer, los barcos que antaño atracaban en los ruinosos muelles de Salem debieron de transportar cargamentos muy extraños.

Masson se asombraba a veces de las extraordinarias proporciones de estas madrigueras. Recordaba ciertos relatos inquietantes que le habían contado al llegar a la vieja y embrujada ciudad de Salem. Eran relatos que hablaban de una vida larvaria³ que persistía en la muerte, oculta en las olvidadas madrigueras de la tierra. Ya habían pasado los viejos tiempos en que Cotton Mather⁴ exterminara los cultos perversos y los ritos orgiásticos⁵ celebrados en honor de Hécate⁶ y de la siniestra *Magna Mater*⁷. Pero todavía se alzaban las tenebrosas casas de buhardillas torcidas, de fachadas inclinadas y leprosas, en cuyos sótanos, según se decía, aún se ocultaban secretos blasfemos⁸ y se celebraban ritos que desafiaban tanto a la ley como a la cordura. Moviendo significativamente sus cabezas canosas, los viejos aseguraban que, en los antiguos cementerios de Salem, había bajo tierra cosas peores que gusanos y ratas.

En cuanto a estos roedores, ciertamente, Masson les tenía

³ La larva es la fase intermedia entre el huevo y el adulto, por la que pasan los animales que tienen metamorfosis, como los insectos y los batracios. La palabra también significa "fantasma" o "espectro". En cualquiera de sus dos acepciones, "vida larvaria" remite a algo indefinido, ajeno a lo humano, monstruoso.

⁴ Clérigo protestante que nació en 1663 y murió en 1728. En su libro *Providencias memorables*, publicado en 1689, relata su participación en la investigación que condujo a la muerte de los supuestos brujos de Salem. Estaba convencido de que el diablo había declarado la guerra al pueblo de Dios y fue convocado cuando comenzó a suceder una serie de episodios extraños en esa ciudad, que él catalogó como un caso de brujería.

⁵ Relativo a la orgía, banquete en que se come y se bebe sin moderación.

⁶ Diosa de origen prehelénico. Estaba asociada a todo lo fantástico y lo misterioso, la magia y la brujería. Se la representaba con tres cuerpos o tres cabezas.

⁷ El culto a esta diosa, que representa a la fuente de vida, es originario del Asia Menor. Su fiesta se relacionaba con el ciclo de las estaciones y tenía lugar a comienzos de la primavera.

⁸ Que injurian a Dios o a los santos.

aversión y respeto. Sabía del peligro que acechaba en sus dientes afilados y brillantes. Pero no comprendía el horror que los viejos sentían por las casas vacías, infestadas de ratas. Había oído rumores sobre ciertas criaturas horribles que moraban en las profundidades de la tierra y tenían poder sobre las ratas, a las que agrupaban en ejércitos disciplinados. Según decían los ancianos, las ratas servían de mensajeras entre este mundo y las cavernas que se abrían en las entrañas de la tierra, muy por debajo de Salem. Y aún se decía que algunos cuerpos habían sido robados de las sepulturas con el fin de celebrar festines subterráneos y nocturnos. El mito del flautista de Hamelin⁹ era una leyenda que ocultaba, en forma de alegoría, un horror blasfemo; y según ellos, los negros abismos habían parido abortos infernales que jamás salieron a la luz del día.

Masson no hacía ningún caso de semejantes relatos. No fraternizaba con sus vecinos y, de hecho, hacía lo posible por mantener en secreto la existencia de las ratas. De conocerse el problema quizá iniciasen una investigación, en cuyo caso tendrían que abrir muchas sepulturas. Y en efecto, hallarían ataúdes perforados y vacíos que atribuirían a las actividades de las ratas. Pero descubrirían también algunos cuerpos con mutilaciones muy comprometedoras para Masson.

Los dientes postizos suelen hacerse de oro puro, y no se los extraen a uno cuando muere. Las ropas, naturalmente, son harina de otro costal¹⁰, porque la compañía de pompas fúnebres suele proporcionar un traje de paño sencillo,

⁹ Cuento tradicional que publicaron en el siglo XIX los hermanos Grimm. Narra cómo, tocando la flauta, un músico pudo salvar de una invasión de ratas al pueblo alemán de Hamelin. Fascinadas por los acordes del flautista, las ratas abandonaron las casas para seguirlo y él las condujo al río, donde se ahogaron.

¹⁰ *Harina de otro costal*: locución que se emplea para sugerir que algo es muy diferente de otra cosa con la que se lo está comparando.

perfectamente reconocible después. Pero el oro no lo es. Además, Masson negociaba también con algunos estudiantes de medicina y médicos poco escrupulosos que necesitaban cadáveres sin importarles demasiado su procedencia.

Hasta entonces, Masson se las había arreglado muy bien para que no se iniciase una investigación. Había negado ferozmente la existencia de las ratas, aun cuando algunas veces estas le hubiesen arrebatado el botín. A Masson no le preocupaba lo que pudiera suceder con los cuerpos, después de haberlos expoliado¹¹, pero las ratas solían arrastrar el cadáver entero por un boquete que ellas mismas roían en el ataúd.

El tamaño de aquellos agujeros tenía a Masson asombrado. Por otra parte, se daba la curiosa circunstancia de que las ratas horadaban siempre los ataúdes por uno de los extremos, y no por los lados. Parecía como si las ratas trabajasen bajo la dirección de algún guía dotado de inteligencia.

Ahora se encontraba ante una sepultura abierta. Acababa de quitar la última paletada de tierra húmeda y de arrojarla al montón que había ido formando a un lado. Desde hacía varias semanas, no paraba de caer una llovizna fría y constante. El cementerio era un lodazal de barro pegajoso, del que surgían las mojadas lápidas en formaciones irregulares. Las ratas se habían retirado a sus agujeros; no se veía ni una. Pero el rostro flaco y desgachado¹² de Masson reflejaba una sombra de inquietud. Había terminado de descubrir la tapa de un ataúd de madera.

Hacía varios días que lo habían enterrado, pero Masson no se había atrevido a desenterrarlo antes. Los parientes del

¹¹ Haberlos despojado con violencia de todas sus posesiones.

¹² Desaliñado, harapiento, descuidado.

fallecido venían a menudo a visitar su tumba, aun lloviendo. Pero a estas horas de la noche, no era fácil que vieran, por mucho dolor y pena que sintiesen. Y con este pensamiento tranquilizador, se enderezó y echó a un lado la pala.

Desde la colina donde estaba situado el cementerio, se veían parpadear débilmente las luces de Salem a través de la lluvia pertinaz. Sacó la linterna del bolsillo porque iba a necesitar luz. Apartó la pala y se inclinó a revisar los cierres de la caja.

De repente, se quedó rígido. Bajo sus pies había notado un rebullir inquieto, como si algo arañara o se revolviere dentro. Por un momento, sintió una punzada de terror supersticioso, que pronto dio paso a una rabia furiosa, al comprender el significado de aquellos ruidos. ¡Las ratas se le habían adelantado otra vez!

En un raptó de cólera, Masson arrancó los cierres del ataúd. Metió el canto de la pala bajo la tapa e hizo palanca, hasta que pudo levantarla con las dos manos. Luego encendió la linterna y la enfocó al interior del ataúd.

La lluvia salpicaba el blanco tapizado de raso: el ataúd estaba vacío. Masson percibió un movimiento furtivo en la cabecera de la caja y dirigió hacia allí la luz.

El extremo del sarcófago había sido horadado, y el boquete comunicaba con una galería, al parecer, pues en aquel mismo momento desaparecía por allí, a tirones, un pie flácido enfundado en su correspondiente zapato. Masson comprendió que las ratas se le habían adelantado, esta vez, solo unos instantes. Se dejó caer a gatas y agarró el zapato con todas sus fuerzas. Se le cayó la linterna dentro del ataúd y se apagó de golpe. De un tirón, el zapato le fue arrancado de las manos en medio de una algarabía de chillidos agudos y excitados. Un momento después, había

recuperado la linterna y la enfocaba por el agujero.

Era enorme. Tenía que serlo; de lo contrario, no habrían podido arrastrar el cadáver a través de él. Masson intentó imaginarse el tamaño de aquellas ratas, capaces de tirar del cuerpo de un hombre. De todos modos, él llevaba su revólver cargado en el bolsillo, y esto lo tranquilizaba. De haberse tratado del cadáver de una persona ordinaria, Masson habría abandonado su presa a las ratas, antes de aventurarse por aquella estrecha madriguera; pero recordó los gemelos de sus puños y el alfiler de su corbata, cuya perla debía ser indudablemente auténtica, y, sin pensarlo más, se prendió la linterna al cinturón y se metió por el boquete. El acceso era angosto. Delante de sí, a la luz de la linterna, podía ver cómo las suelas de los zapatos seguían siendo arrastradas hacia el fondo del túnel de tierra. También él trató de arrastrarse lo más rápidamente posible, pero había momentos en que apenas era capaz de avanzar, aprisionado entre aquellas estrechas paredes de tierra.

El aire se hacía irrespirable por el hedor¹³ de la carroña¹⁴. Masson decidió que, si no alcanzaba el cadáver en un minuto, volvería para atrás. Los temores supersticiosos empezaban a agitarse en su imaginación, aunque la codicia lo instaba a proseguir. Siguió adelante, y cruzó varias bocas de túneles adyacentes. Las paredes de la madriguera estaban húmedas y pegajosas. Por dos veces oyó a sus espaldas pequeños desprendimientos de tierra. El segundo de estos le hizo volver la cabeza. No vio nada, naturalmente, hasta que enfocó la linterna en esa dirección.

Entonces vio varios montones de barro que casi obstruían la galería que acababa de recorrer. El peligro de

¹³ Olor nauseabundo.

¹⁴ Carne en descomposición.

su situación se le apareció de pronto en toda su espantosa realidad. El corazón le latía con fuerza solo de pensar en la posibilidad de un hundimiento. Decidió abandonar su persecución, a pesar de que casi había alcanzado el cadáver y las criaturas invisibles que lo arrastraban. Pero había algo más, en lo que tampoco había pensado: el túnel era demasiado estrecho para dar la vuelta.

El pánico se apoderó de él, por un segundo, pero recordó la boca lateral que acababa de pasar, y retrocedió dificultosamente hasta que llegó a ella. Introdujo allí las piernas, hasta que pudo dar la vuelta. Luego, comenzó a avanzar precipitadamente hacia la salida, pese al dolor de sus rodillas magulladas.

De súbito, una punzada le traspasó la pierna. Sintió que unos dientes afilados se le hundían en la carne, y pateó frenéticamente para librarse de sus agresores. Oyó un chillido penetrante, y el rumor presuroso de una multitud de patas que se escabullían. Al enfocar la linterna hacia atrás, dejó escapar un gemido de horror: una docena de enormes ratas lo miraban atentamente, y sus ojillos malignos brillaban bajo la luz. Eran unos bichos deformes, grandes como gatos. Tras ellos vislumbró una forma negruzca que desapareció en la oscuridad. Se estremeció ante las increíbles proporciones de aquella sombra apenas vista.

La luz contuvo a las ratas durante un momento, pero no tardaron en volver a acercarse furtivamente. Al resplandor de la linterna, sus dientes parecían teñidos de un naranja oscuro. Masson forcejeó con su pistola, consiguió sacarla de su bolsillo y apuntó cuidadosamente. Estaba en una posición difícil. Procuró pegar los pies a las mojadadas paredes de la madriguera para no herirse.

El estruendo del disparo lo dejó sordo durante unos

instantes. Después, una vez disipado el humo, vio que las ratas habían desaparecido. Se guardó la pistola y comenzó a reptar velozmente a lo largo del túnel. Pero no tardó en oír de nuevo las carreras de las ratas, que se le echaron encima otra vez.

Se le amontonaron sobre las piernas, mordiéndolo y chillando de manera enloquecedora. Masson empezó a gritar mientras echaba mano a la pistola. Disparó sin apuntar, de suerte que no se hirió de milagro. Esta vez las ratas no se alejaron demasiado. No obstante, Masson aprovechó la tregua para reptar lo más deprisa que pudo, dispuesto a hacer fuego a la primera señal de un nuevo ataque.

Oyó movimientos de patas y alumbró hacia atrás con la linterna. Una enorme rata gris se paró en seco y se quedó mirándolo, sacudiendo sus largos bigotes y moviendo de un lado a otro, muy despacio, su cola áspera y pelada. Masson disparó y la rata se echó a correr.

Continuó arrastrándose. Se había detenido un momento a descansar, junto a la negra abertura de un túnel lateral, cuando descubrió un bulto informe sobre la tierra mojada, un poco más adelante. De momento, lo tomó por un montón de tierra desprendido del techo; luego vio que era un cuerpo humano.

Se trataba de una momia negruzca y arrugada, y Masson se dio cuenta, preso de un pánico sin límites, de que se movía.

Aquella cosa monstruosa avanzaba hacia él y, a la luz de la linterna, vio su rostro horrible a muy poca distancia del suyo. Era una calavera casi descarnada, la faz de un cadáver que ya llevaba años enterrado, pero animada de una vida infernal. Tenía unos ojos vidriosos, hinchados y saltones, que delataban su ceguera, y, al avanzar hacia Masson,



lanzó un gemido plañidero¹⁵ y entreabrió sus labios pustulosos, desgarrados en una mueca de hambre espantosa. Masson sintió que se le helaba la sangre.

Cuando aquel Horror estaba ya a punto de rozarlo, Masson se precipitó frenéticamente por la abertura lateral. Oyó arañar en la tierra, justo a sus pies, y el confuso gruñido de la criatura que lo seguía de cerca. Masson miró por encima del hombro, gritó y trató de avanzar desesperadamente por la estrecha galería. Reptaba con torpeza; las piedras afiladas le herían las manos y las rodillas. El barro lo salpicaba en los ojos, pero no se atrevió a detenerse ni un segundo. Continuó avanzando a gatas, jadeando, rezando y maldiciendo histéricamente.

Con chillidos triunfales, las ratas se precipitaron de nuevo sobre él con una horrible voracidad pintada en sus ojillos. Masson estuvo a punto de sucumbir bajo sus dientes, pero logró desembarazarse¹⁶ de ellas: el pasadizo se estrechaba y, sobrecogido por el pánico, pataleó, gritó y disparó hasta que el gatillo pegó sobre una cápsula vacía. Pero había rechazado las ratas.

Observó entonces que se hallaba bajo una piedra grande, encajada en la parte superior de la galería, que le oprimía cruelmente la espalda. Al tratar de avanzar notó que la piedra se movía, y se le ocurrió una idea: ¡si pudiera dejarla caer, de forma que obstruyese el túnel!

La tierra estaba empapada por el agua de la lluvia. Se enderezó y se puso a quitar el barro que sujetaba la piedra. Las ratas se aproximaban. Veía brillar sus ojos al resplandor de la linterna. Siguió cavando, frenético, en la tierra. La piedra cedía. Tiró de ella y la movió de sus cimientos.

¹⁵ Lloroso y lastimero.

¹⁶ Librarse.

Se acercaban las ratas... Era el enorme ejemplar que había visto antes. Gris, leprosa, repugnante, avanzaba enseñando sus dientes anaranjados. Masson dio un último tirón a la piedra, y la sintió resbalar hacia abajo. Entonces reanudó su camino a rastras por el túnel.

La piedra se derrumbó tras él, y oyó un repentino alarido de agonía. Sobre sus piernas se desplomaron algunos terrones mojados. Más adelante, le atrapó los pies un desprendimiento considerable, del que logró desembarazarse con dificultad. ¡El túnel entero se estaba desmoronando!

Jadeando de terror, Masson avanzaba mientras la tierra se desprendía tras él. El túnel seguía estrechándose, hasta que llegó un momento en que apenas pudo hacer uso de sus manos y piernas para avanzar. Se retorció como una anguila hasta que, de pronto, notó un jirón de raso¹⁷ bajo sus dedos crispados; y luego su cabeza chocó contra algo que le impedía continuar. Movié las piernas y pudo comprobar que no las tenía apesadas por la tierra desprendida. Estaba boca abajo. Al tratar de incorporarse, se encontró con que el techo del túnel estaba a escasos centímetros de su espalda. El terror lo descompuso.

Al salirle al paso aquel ser espantoso y ciego, se había desviado por un túnel lateral, por un túnel que no tenía salida. ¡Se encontraba *en un ataúd*, en un ataúd vacío, al que había entrado por el agujero que las ratas habían practicado en su extremo!

Intentó ponerse boca arriba, pero no pudo. La tapa del ataúd lo mantenía inexorablemente inmóvil. Tomó aliento entonces, e hizo fuerza contra la tapa. Era inamovible, y aun si lograra escapar del sarcófago, ¿cómo podría excavar una salida a través del metro y medio de tierra que tenía encima?

¹⁷ Tela de seda que se usa, entre otras cosas, para tapizar el interior de los ataúdes.

Respiraba con dificultad. Hacía un calor sofocante y el hedor era irresistible. En un paroxismo¹⁸ de terror, desgarró y arañó el forro acolchado hasta destrozarlo. Hizo un inútil intento por cavar con los pies en la tierra desprendida que le impedía la retirada. Si lograra solamente cambiar de postura, podría excavar con las uñas una salida hacia el aire... hacia el aire...

Una agonía candente¹⁹ penetró en su pecho; el pulso le dolía en los globos de los ojos. Parecía como si la cabeza se le fuera hinchando, a punto de estallar. Y de súbito, oyó los triunfales chillidos de las ratas. Comenzó a gritar, enloquecido, pero no pudo rechazarlas esta vez. Durante un momento, se revolvió histéricamente en su estrecha prisión, y luego se calmó, boqueando por falta de aire. Cerró los ojos, sacó su lengua ennegrecida, y se hundió en la negrura de la muerte, con los locos chillidos de las ratas taladrándole los oídos.

De: *Los mitos de Cthulhu*, Madrid, Alianza, 1969.
(Traducción de F. Torres Oliver.)

¹⁸ Exaltación de las emociones.

¹⁹ Que quema.

El escuerzo

de Leopoldo Lugones

El autor

Leopoldo Lugones nació en la provincia de Córdoba en 1874. A los 18 años, se inició en el periodismo y la literatura. Fue uno de los pioneros del socialismo en la Argentina, pero a lo largo de su vida su posición política varió hasta terminar adhiriendo al fascismo.



Se desempeñó como director del suplemento literario del diario *La Nación* y como bibliotecario del Consejo de Educación.

Su obra literaria abarca diversos géneros. Su obra poética se inició con *Las montañas de oro*, en 1897, influenciado por el modernismo de Rubén Darío. Incursionó en el cuento fantástico con *Las fuerzas extrañas* (1906) y *Cuentos fatales* (1926). Es autor de *La guerra gaucha* (1905), un relato histórico, y también escribió *Historia de Sarmiento* (1911) y *El imperio jesuítico* (1904).

Se suicidó en el Tigre, en 1938.

El texto

"El escuerzo" es uno de los doce cuentos que componen el volumen *Las fuerzas extrañas*, texto muy importante de la literatura argentina porque introduce en ella muchos de los temas de la literatura fantástica. En este cuento, Lugones aprovecha las creencias populares y las supersticiones de la gente del campo, y se aleja de los típicos escenarios de los cuentos de terror que derivan de la tradición europea.

El escuerzo

Un día de tantos, jugando en la quinta de la casa donde habitaba la familia, di con un pequeño sapo que, en vez de huir como sus congéneres¹ más corpulentos, se hinchó extraordinariamente bajo mis pedradas. Horrorizábanme los sapos y era mi diversión aplastar cuantos podía. Así es que el pequeño y obstinado reptil no tardó en sucumbir a los golpes de mis piedras. Como todos los muchachos criados en la vida semicampestre de nuestras ciudades de provincia, yo era un sabio en lagartos y sapos. Además, la casa estaba situada cerca de un arroyo que cruza la ciudad, lo cual contribuía a aumentar la frecuencia de mis relaciones con tales bichos. Entro en estos detalles, para que se comprenda bien cómo me sorprendí al notar que el atrabiliario² sapito me era enteramente desconocido. Circunstancia de consulta, pues. Y tomando a mi víctima con toda la precaución del caso, fui a preguntar por ella a la vieja criada, confidente de mis primeras empresas de cazador. Tenía yo ocho años y ella, sesenta. El asunto había, pues, de interesarnos a ambos. La buena mujer estaba, como de costumbre, sentada a la puerta de la cocina, y yo esperaba ver acogido mi relato con la acostumbrada benevolencia;

¹ Que pertenecen al mismo género.

² De genio destemplado y violento.

cuando apenas hube empezado, la vi levantarse apresuradamente y arrebatarme de las manos el despanzurrado³ animalejo.

— ¡Gracias a Dios que no lo hayas dejado! — exclamó con muestras de la mayor alegría —. En este mismo instante vamos a quemarlo.

— ¿Quemarlo? — dije yo —. ¿Pero qué va a hacer si ya está muerto...?

— ¿No sabes que es un escuerzo — replicó en tono misterioso mi interlocutora — y que este animalito resucita si no lo queman? ¡Quién te mandó matarlo! ¡Eso habías de sacar al fin con tus pedradas! Ahora voy a contarte lo que le pasó al hijo de mi amiga la finada Antonia, que en paz descanse.

Mientras hablaba, había recogido y encendido algunas astillas sobre las cuales puso el cadáver del escuerzo.

¡Un escuerzo!, decía yo, aterrado bajo mi piel de muchacho travieso; ¡un escuerzo! Y sacudía los dedos como si el frío del sapo se me hubiera pegado a ellos. ¡Un sapo resucitado! Era para enfriarle la médula a un hombre de barba entera.

— ¿Pero usted piensa contarnos una nueva *Batracomio-maquia*⁴? — interrumpió aquí Julia con el amable desenfado de su coquetería de treinta años.

— De ningún modo, señorita. Es una historia que ha pasado.

Julia sonrió.

— No puede usted figurarse cuánto deseo conocerla...

— Será usted complacida, tanto más cuanto que tengo la pretensión de vengarme con ella de su sonrisa.

³ Con la panza rota.

⁴ Obra satírica atribuida a Homero, en la que se narra, en tono heroico, el combate entre las ranas y los ratones.



Así, pues, mientras se asaba mi fatídica⁵ pieza de caza, la vieja criada hilvanó su narración, que es como sigue:

Antonia, su amiga, viuda de un soldado, vivía con el hijo único que había tenido de él en una casita muy pobre, distante de toda población. El muchacho trabajaba para ambos, cortando madera en el vecino bosque, y así pasaba año tras año, haciendo a pie la jornada de la vida. Un día volvió, como de costumbre, por la tarde, para tomar su mate, alegre, sano, vigoroso, con su hacha al hombro. Y mientras lo hacía, refirió a su madre que en la raíz de cierto árbol muy viejo había encontrado un escuerzo, al cual no le valieron hinchazones para quedar hecho una tortilla bajo el ojo de su hacha.

La pobre vieja se llenó de aflicción al escucharlo, pidiéndole que por favor la acompañara al sitio, para quemar el cadáver del animal.

—Has de saber —le dijo— que el escuerzo no perdona jamás al que lo ofende. Si no lo queman, resucita, sigue el rastro de su matador y no descansa hasta que puede hacer con él otro tanto.

El buen muchacho rió grandemente del cuento, intentando convencer a la pobre vieja de que aquello era una paparrucha⁶ buena para asustar a chicos molestos, pero indigna de preocupar a una persona de cierta reflexión. Ella insistió, sin embargo, en que la acompañara a quemar los restos del animal.

Inútil fue toda broma, toda indicación sobre lo distante del sitio, sobre el daño que podía causarle, siendo ya tan vieja, el sereno de aquella tarde de noviembre. A toda costa quiso ir y él tuvo que decidirse a acompañarla.

⁵ Desgraciada, funesta, nefasta.

⁶ Tontería, cosa sin sentido que se hace o se dice.

No era tan distante; unas seis cuerdas a lo más. Fácilmente dieron con el árbol recién cortado, pero por más que hurgaron entre las astillas y las ramas desprendidas, el cadáver del escuerzo no apareció.

—¿No te dije? —exclamó ella echándose a llorar—; ya se ha ido; ahora ya no tiene remedio esto. ¡Mi padre San Antonio te ampare!

—Pero qué tontera, afligirse así. Se lo habrán llevado las hormigas o lo comería algún zorro hambriento. ¡Habrase visto extravagancia, llorar por un sapo! Lo mejor es volver, que ya viene anocheciendo y la humedad de los pastos es dañosa.

Regresaron, pues, a la casita, ella siempre llorosa, él procurando distraerla con detalles sobre el maizal que prometía buena cosecha si seguía lloviendo, hasta volver de nuevo a las bromas y risas en presencia de su obstinada tristeza. Era casi de noche cuando llegaron. Después de un registro minucioso por todos los rincones, que excitó de nuevo la risa del muchacho, comieron en el patio, silenciosamente, a la luz de la luna, y ya se disponía él a tenderse sobre su montura para dormir, cuando Antonia le suplicó que por aquella noche, siquiera, consintiese en encerrarse dentro de una caja de madera que poseía, y dormir allí.

La protesta contra semejante petición fue viva. Estaba chocha⁷, la pobre, no había duda. ¡A quién se le ocurría pensar en hacerlo dormir con aquel calor dentro de una caja que seguramente estaría llena de sabandijas!

Pero tales fueron la súplicas de la anciana que, como el muchacho la quería tanto, decidió acceder a semejante capricho. La caja era grande y, aunque un poco encogido, no estaría del todo mal. Con gran solicitud fue arreglada en el

⁷ Persona que, por vejez, tiene debilitadas sus facultades mentales.

fondo la cama, metiose él adentro, y la triste viuda tomó asiento al lado del mueble, decidida a pasar la noche en vela para cerrarlo apenas hubiera la menor señal de peligro.

Calculaba ella que sería la medianoche, pues la luna muy baja empezaba a bañar con su luz el aposento, cuando, de repente, un bultito negro, casi imperceptible, saltó sobre el dintel⁸ de la puerta, que no se había cerrado por efecto del gran calor. Antonia se estremeció de angustia.

Allí estaba, pues, el vengativo animal, sentado sobre las patas traseras, como meditando un plan. ¡Qué mal había hecho el joven en reírse! Aquella figurita lúgubre, inmóvil en la puerta llena de luna, se agrandaba extraordinariamente, tomaba proporciones de monstruo. ¿Pero, y si no era más que uno de los tantos sapos familiares que entraban cada noche a la casa en busca de insectos? Un momento respiró, sostenida por esta idea. Mas el escuerzo dio de pronto un saltito, después otro, en dirección a la caja. No se apresuraba, como si estuviera seguro de su presa. Antonia miró con indecible expresión de terror a su hijo; dormía, vencido por el sueño, respirando acompasadamente.

Entonces, con mano inquieta, dejó caer sin hacer ruido la tapa del pesado mueble. El animal no se detenía. Seguía saltando. Estaba ya al pie de la caja. Rodeola pausadamente, se detuvo en uno de los ángulos y, de súbito, con un salto increíble en su pequeña talla, se plantó sobre la tapa.

Antonia no se atrevió a hacer el menor movimiento. Toda su vida se había concentrado en sus ojos. La luna bañaba ahora enteramente la pieza. Y he aquí lo que sucedió: el sapo comenzó a hincharse por grados, aumentó, aumentó de una manera prodigiosa, hasta triplicar su volumen.

⁸ Parte superior del hueco de las puertas y ventanas, formada por una pieza que se apoya sobre las jambas.

Permaneció así durante un minuto, en que la pobre mujer sintió pasar por su corazón todos los ahogos de la muerte. Después fue reduciéndose, reduciéndose hasta recobrar su primitiva forma, saltó a tierra, se dirigió a la puerta y, atravesando el patio, acabó por perderse entre las hierbas.

Entonces se atrevió Antonia a levantarse, toda temblorosa. Con un violento ademán abrió de par en par la caja. Lo que sintió fue de tal modo horrible, que a los pocos meses murió víctima del espanto que le produjo.

Un frío mortal salía del mueble abierto, y el muchacho estaba helado y rígido bajo la triste luz en que la luna amortajaba⁹ aquel despojo sepulcral, hecho piedra ya, bajo un inexplicable baño de escarcha.

De: *Las fuerzas extrañas*, 1906.

⁹ Cubría con una mortaja. La mortaja es una especie de sábana con que se envuelve a un cadáver para enterrarlo. Aquí se usa en sentido figurado.

La miel silvestre

de Horacio Quiroga

El autor

Horacio Quiroga nació en Salto, Uruguay, en 1878. Trabajó como periodista y, en 1904, viajó con su amigo Leopoldo Lugones a Misiones, en calidad de fotógrafo. El paisaje de esta provincia lo sedujo y lo cautivó al punto de llevarlo a abandonar la vida en la ciudad. Muchos de sus cuentos están ambientados en la selva misionera, como, por ejemplo los que reúne el libro *Cuentos de la selva* (1918).



Su vida estuvo marcada por la trágica muerte de su padre y el suicidio de su primera esposa. Continuador de las enseñanzas de Edgar Allan Poe, dejó para todos los escritores venideros su famoso "Decálogo del perfecto cuentista", en el que enumera los consejos más importantes que, según él, debe tener presente un narrador.

Entre sus libros más destacados se encuentran *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1917), *Anaconda* (1921), *Los desterrados* (1926) y *Más allá* (1935).

Se suicidó en febrero de 1937, después de recibir la confirmación de que estaba afectado por una enfermedad incurable.

El texto

"La miel silvestre" pertenece al volumen *Cuentos de amor, de locura y de muerte*. El terror que provoca este relato está ligado a una situación cotidiana que, de manera increíble, ya no es posible controlar y se cobra como víctima al personaje.

La miel silvestre

Tengo en el Salto Oriental dos primos, hoy hombres ya, que a sus doce años, y a consecuencia de profundas lecturas de Julio Verne¹ dieron en la rica empresa de abandonar su casa para ir a vivir al monte. Este queda a dos leguas de la ciudad. Allí vivirían primitivamente de la caza y de la pesca. Cierto es que los dos muchachos no se habían acordado particularmente de llevar escopetas ni anzuelos; pero, de todos modos, el bosque estaba allí, con su libertad como fuente de dicha y sus peligros como encanto.

Desgraciadamente, al segundo día fueron hallados por quienes los buscaban. Estaban bastante atónitos² todavía, no poco débiles, y con gran asombro de sus hermanos menores — iniciados también en J. Verne —, sabían aún andar en dos pies y recordaban el habla.

La aventura de los dos robinsones³, sin embargo, fuera acaso más formal de haber tenido como teatro otro bosque menos dominguero. Las escapatorias llevan aquí

¹ Escritor francés, que nació en 1828 y murió en 1905. Famoso por sus novelas de "ciencia ficción", entre las que se destacan *Cinco semanas en globo*, *Veinte mil leguas de viaje submarino* y *La vuelta al mundo en ochenta días*.

² Asombrados hasta el punto de quedarse desconcertados, sin comprender lo que pasa.

³ Alusión al personaje Robinson Crusoe, de la novela homónima de Daniel Defoe. Este personaje vivió solo en una isla tropical después de haber sufrido un naufragio.

en Misiones a límites imprevistos, y a ello arrastró a Gabriel Benincasa el orgullo de su *stromboot*⁴.

Benincasa, habiendo concluido sus estudios de contaduría pública, sintió fulminante deseo de conocer la vida de la selva. No fue arrastrado por su temperamento, pues antes bien Benincasa era un muchacho pacífico, gordinflón y de cara rosada, en razón de su excelente salud. En consecuencia, lo suficiente cuerdo para preferir un té con leche y pastelitos a quién sabe qué fortuita e infernal comida del bosque. Pero así como el soltero que fue siempre juicioso cree de su deber, la víspera de sus bodas, despedirse de la vida libre con una noche de orgía en compañía de sus amigos, de igual modo Benincasa quiso honrar su vida aceitada con dos o tres choques de vida intensa. Y por este motivo remontaba el Paraná hasta un obraje, con sus famosos *stromboot*.

Apenas salido de Corrientes había calzado sus recias botas, pues los yacarés de la orilla calentaban ya el paisaje. Mas a pesar de ello el contador público cuidaba mucho de su calzado, evitándole arañazos y sucios contactos.

De este modo llegó al obraje de su padrino, y a la hora tuvo este que contener el desenfado de su sobrino.

—¿Adónde vas ahora? —le había preguntado sorprendido.

—Al monte; quiero recorrerlo un poco —repuso Benincasa, que acababa de colgarse el *winchester*⁵ al hombro.

—¡Pero, infeliz! No vas a poder dar un paso. Sigue la picada, si quieres... O mejor, deja esa arma y mañana te haré acompañar por un peón.

Benincasa renunció a su paseo. No obstante, fue hasta

⁴ Botas especiales que usaban los exploradores.

⁵ Marca de rifle a repetición, usado por primera vez en 1886. Lleva este nombre en alusión a su creador, el estadounidense Oliver Winchester.

la vera del bosque y se detuvo. Intentó vagamente un paso adentro, y quedó quieto. Metiose las manos en los bolsillos y miró detenidamente aquella inextricable⁶ maraña, silbando débilmente aires truncos. Después de observar de nuevo el bosque a uno y otro lado, retornó bastante desilusionado.

Al día siguiente, sin embargo, recorrió la picada central por espacio de una legua, y aunque su fusil volvió profundamente dormido, Benincasa no deploró el paseo. Las fieras llegarían poco a poco.

Llegaron estas a la segunda noche —aunque de un carácter un poco singular.

Benincasa dormía profundamente, cuando fue despertado por su padrino.

—¡Eh, dormilón! Levántate, que te van a comer vivo.

Benincasa se sentó bruscamente en la cama, alucinado por la luz de los tres faroles de viento que se movían de un lado a otro de la pieza. Su padrino y dos peones regaban el piso.

—¿Qué hay, qué hay? —preguntó echándose al suelo.

—Nada... Cuidado con los pies... La *corrección*⁷.

Benincasa había sido ya enterado de las curiosas hormigas a que llamamos *corrección*. Son pequeñas, negras, brillantes y marchan velozmente en ríos más o menos anchos. Son esencialmente carnívoras. Avanzan devorando todo lo que encuentran a su paso: arañas, grillos, alacranes, sapos, víboras, y a cuanto ser no pueda resistirles. No hay animal, por grande y fuerte que sea, que no huya de ellas. Su entrada en una casa supone la exterminación absoluta de todo ser viviente, pues no hay rincón ni agujero profundo

⁶ Tan enredado o confuso que no se puede desenredar, aclarar o penetrar en ello.

⁷ Sustantivo colectivo que designa a un conjunto de hormigas carnívoras.

donde no se precipite el río devorador. Los perros aúllan, los bueyes mugen, y es forzoso abandonarles la casa, a trueque de ser roído en diez horas hasta el esqueleto. Permanecen en un lugar uno, dos, hasta cinco días, según su riqueza en insectos, carne o grasa. Una vez devorado todo, se van.

No resisten, sin embargo, a la creolina⁸ o droga similar; y como en el obraje abunda aquella, antes de una hora el chalet quedó libre de la *corrección*.

Benincasa se observaba muy de cerca, en los pies, la placa lívida⁹ de una mordedura.

— ¡Pican muy fuerte, realmente! — dijo sorprendido, levantando la cabeza hacia su padrino.

Este, para quien la observación no tenía ya ningún valor, no respondió, felicitándose, en cambio, de haber contenido a tiempo la invasión. Benincasa reanudó el sueño, aunque sobresaltado toda la noche por pesadillas tropicales.

Al día siguiente se fue al monte, esta vez con un machete, pues había concluido por comprender que tal utensilio le sería en el monte mucho más útil que el fusil. Cierto es que su pulso no era maravilloso, y su acierto mucho menos. Pero de todos modos lograba trozar las ramas, azotarse la cara y cortarse las botas; todo en uno.

El monte *crepuscular*¹⁰ y silencioso lo cansó pronto. Dábase la impresión — exacta por lo demás — de un escenario visto de día. De la bullente vida tropical no hay a esa hora más que teatro helado; ni un animal, ni un pájaro, ni un

⁸ Líquido desodorizante y desinfectante.

⁹ Color morado que toma la carne a causa del frío, de un golpe o de una herida.

¹⁰ El crepúsculo es el momento de claridad que precede a la salida del Sol (crepúsculo de la mañana o matutino) y también el de la atenuación de la luz que sigue inmediatamente a la puesta del Sol (crepúsculo de la tarde o vespertino). También se aplica el adjetivo *crepuscular* al estado de ánimo intermedio entre la conciencia y la inconsciencia, que se produce antes o después del sueño natural, o a consecuencia de un accidente o de la anestesia general.

ruido casi. Benincasa volvía, cuando un sordo zumbido le llamó la atención. A diez metros de él, en un tronco hueco, diminutas abejas aureolaban la entrada del agujero. Se acercó con cautela y vio en el fondo de la abertura diez o doce bolas oscuras, del tamaño de un huevo.

— Esto es miel — se dijo el contador público con íntima gula¹¹ —. Deben de ser bolsitas de cera, llenas de miel...

Pero entre él — Benincasa — y las bolsitas estaban las abejas. Después de un momento de descanso, pensó en el fuego; levantaría una buena humareda. La suerte quiso que mientras el ladrón acercaba cautelosamente la hojarasca húmeda, cuatro o cinco abejas se posaran en su mano, sin picarlo. Benincasa cogió una en seguida, y oprimiéndole el abdomen, constató que no tenía aguijón. Su saliva, ya liviana, se clarificó en melífica abundancia. ¡Maravillosos y buenos animalitos!

En un instante el contador desprendió las bolsitas de cera, y alejándose un buen trecho para escapar al pegajoso contacto de las abejas, se sentó en un raigón¹². De las doce bolsas, siete contenían polen. Pero las restantes estaban llenas de miel, una miel oscura, de sombría transparencia, que Benincasa paladeó golosamente. Sabía distintamente a algo. ¿A qué? El contador no pudo precisarlo. Acaso a resina de frutales o de eucaliptus. Y por igual motivo, tenía la densa miel un vago dejo áspero. ¡Mas qué perfume, en cambio!

Benincasa, una vez bien seguro de que solo cinco bolsitas le serían útiles, comenzó. Su idea era sencilla: tener suspendido el panal goteante sobre su boca. Pero como la miel era espesa, tuvo que agrandar el agujero, después de

¹¹ Apetito desordenado de comer y beber.

¹² Raíz grande.

haber permanecido medio minuto con la boca inútilmente abierta. Entonces la miel asomó adelgazándose en pesado hilo hasta la lengua del contador.

Uno tras otro, los cinco panales se vaciaron así dentro de la boca de Benincasa. Fue inútil que este prolongara la suspensión, y mucho más que repasara los globos exhaustos; tuvo que resignarse.

Entre tanto, la sostenida posición de la cabeza en alto lo había mareado un poco. Pesado de miel, quieto y los ojos bien abiertos, Benincasa consideró de nuevo el monte crepuscular. Los árboles y el suelo tomaban posturas por demás oblicuas y su cabeza acompañaba el vaivén del paisaje.

Qué curioso mareo... —pensó el contador—, y lo peor es...

Al levantarse e intentar dar un paso, se había visto obligado a caer de nuevo sobre el tronco. Sentía su cuerpo de plomo, sobre todo las piernas, como si estuvieran inmensamente hinchadas. Y los pies y las manos le hormigueaban.

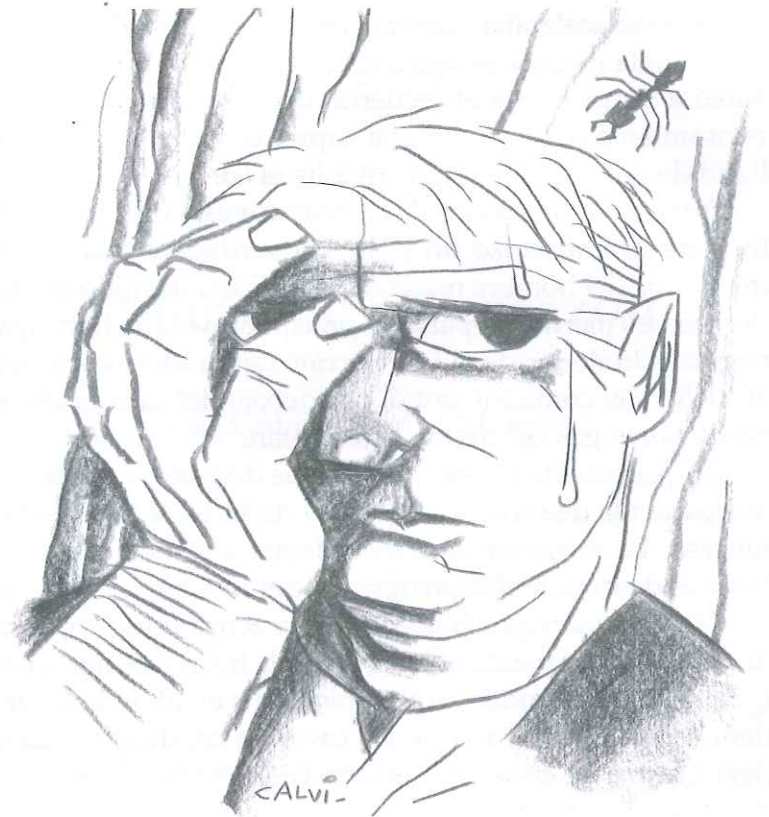
—¡Es muy raro, muy raro, muy raro! —se repitió estúpidamente Benincasa, sin escudriñar¹³, sin embargo, el motivo de esa rareza—. Como si tuviera hormigas... La *corrección* —concluyó.

Y de pronto la respiración se le cortó en seco de espanto.

—¡Debe de ser la miel!... ¡Es venenosa!... ¡Estoy envenenado!

Y a un segundo esfuerzo para incorporarse, se le erizó el cabello de terror: no había podido aún moverse. Ahora la sensación de plomo y el hormigueo subían hasta la cintura. Durante un rato el horror de morir allí, misera-

¹³ Examinar cuidadosamente.



blemente solo, lejos de su madre y sus amigos, le cohibió todo medio de defensa.

—¡Voy a morir ahora!... ¡De aquí a un rato voy a morir!... ¡Ya no puedo mover la mano!

En su pánico constató, sin embargo, que no tenía fiebre ni ardor de garganta, y el corazón y los pulmones conservaban su ritmo normal. Su angustia cambió de forma.

—¡Estoy parálítico, es la parálisis! Y no me van a encontrar...

Pero una invencible somnolencia comenzaba a apoderarse de él, dejándole íntegras sus facultades, a la par que

el mareo se aceleraba. Creyó así notar que el suelo oscilante se volvía negro y se agitaba vertiginosamente. Otra vez subió a su memoria el recuerdo de la *corrección*, y en su pensamiento se fijó como una suprema angustia la posibilidad de que eso negro que invadía el suelo...

Tuvo aún fuerzas para arrancarse a este último espanto, y de pronto lanzó un grito, un verdadero alarido, en que la voz del hombre recobra la tonalidad del niño aterrado: por sus piernas trepaba un precipitado río de hormigas negras. Alrededor de él la *corrección* devoradora oscurecía el suelo, y el contador sintió, por debajo del calzoncillo, el río de hormigas carnívoras que subían.

Su padrino halló por fin, dos días después, y sin la menor partícula de carne, el esqueleto cubierto de ropa de Benincasa. La *corrección* que merodeaba aún por allí, y las bolsitas de cera, lo iluminaron suficientemente.

No es común que la miel silvestre tenga esas propiedades narcóticas o paralizantes, pero se la halla. Las flores con igual carácter abundan en el trópico, y ya el sabor de la miel denuncia en la mayoría de los casos su condición — tal el dejo a resina de eucalipto que creyó sentir Benincasa.

De: *Cuentos de amor, locura y de muerte*, 1917.

María de mi corazón

de Gabriel García Márquez

El autor

Gabriel García Márquez nació en Aracataca, Colombia, en 1928. Empezó a estudiar Derecho, pero abandonó esa carrera para dedicarse al periodismo y la literatura.



Desde una posición política progresista, se opuso a la dictadura de Laureano Gómez, y por ello debió exiliarse en México, en 1960. Allí empezó a escribir *Cien años de soledad*, la novela que lo convertiría en uno de los escritores más importantes y leídos de la literatura universal.

En 1958 se casó con Mercedes Barcha, con la que tuvo dos hijos. En 1982 recibió el Premio Nobel de Literatura. Algunas de sus obras son: *El otoño del patriarca* (1975), *Crónica de una muerte anunciada* (1981), *El amor en los tiempos del cólera* (1985) y *Doce cuentos peregrinos* (1992).

El texto

El texto que van a leer es un artículo que García Márquez publicó en el diario *El País*, de Madrid, en 1981. En este artículo resume el argumento de la película *María de mi corazón* (México, 1979), dirigida por Jaime Humberto Hermosillo y basada en una idea del propio García Márquez. Años más tarde, el escritor retomó esta historia y la convierte en uno de sus *Doce cuentos peregrinos*, con el título de "Solo vine a hablar por teléfono".

María de mi corazón

María —la protagonista— era en la vida real una muchacha de unos veinticinco años, recién casada con un empleado de los servicios públicos. Una tarde de lluvias torrenciales, cuando viajaba sola por una carretera solitaria, su automóvil se descompuso. Al cabo de una hora de señas inútiles a los vehículos que pasaban, el conductor de un autobús se compadeció de ella. No iba muy lejos, pero a María le bastaba con encontrar un sitio donde hubiera un teléfono para pedirle a su marido que viniera a buscarla. Nunca se le habría ocurrido que en aquel autobús de alquiler, ocupado por completo por un grupo de mujeres atónitas¹, había empezado para ella un drama absurdo e innecesario que le cambiaría la vida para siempre.

Al anochecer, todavía bajo la lluvia persistente, el autobús entró en el patio empedrado de un edificio enorme y sombrío, situado en el centro de un parque natural. La mujer responsable de las otras las hizo descender con órdenes un poco infantiles, como si fueran niñas de escuela. Pero todas eran mayores, demacradas² y ausentes, y se movían con una andadura³ que no parecía de este mundo.

¹ Admiradas o enajenadas; que sufren una confusión de los sentidos.

² Delgadas y de mal aspecto, debido a una enfermedad.

³ Modo de moverse o de ir de un lugar a otro.

María fue la última que descendió sin preocuparse de la lluvia, pues, de todos modos, estaba empapada hasta el alma. La responsable del grupo se la encomendó entonces a otras, que salieron a recibirla, y se fue en el autobús. Hasta ese momento, María no se había dado cuenta de que aquellas mujeres eran treinta y dos enfermas pacíficas trasladadas de alguna otra ciudad, y que en realidad se encontraba en un asilo de locas.

En el interior del edificio, María se separó del grupo y preguntó a una empleada dónde había un teléfono. Una de las enfermeras que conducía a las enfermas la hizo volver a la fila mientras le decía de un modo muy dulce: "por aquí, linda, por aquí hay un teléfono". María siguió, junto con las otras mujeres, por un corredor tenebroso, y al final entró en un dormitorio colectivo⁴ donde las enfermeras empezaron a repartir las camas. También a María le asignaron la suya. Más bien divertida con el equívoco, María le explicó entonces a una enfermera que su automóvil se había descompuesto en la carretera y solo necesitaba un teléfono para prevenir a su marido. La enfermera fingió escucharla con atención, pero la llevó de nuevo a su cama, tratando de calmarla con palabras dulces.

"De acuerdo, linda", le decía, "si te portas bien, podrás hablar por teléfono con quien quieras. Pero ahora no, mañana."

Comprendiendo de pronto que estaba a punto de caer en una trampa mortal, María escapó corriendo del dormitorio. Pero antes de llegar al portón, un guardia corpulento le dio alcance, le aplicó una llave maestra⁵, y otros dos le



⁴ Habitación para varias personas.

⁵ Toma que, en cierta clase de lucha, se utiliza para dominar al adversario.

ayudaron a ponerle una camisa de fuerza⁶. Poco después, como no dejaba de gritar, le inyectaron un somnífero⁷. Al día siguiente, en vista de que persistía en su actitud insurrecta⁸, la trasladaron al pabellón de las locas furiosas, y la sometieron hasta el agotamiento con una manguera de agua helada a alta presión.

El marido de María denunció su desaparición poco después de la media noche, cuando estuvo seguro de que no se encontraba en casa de ningún conocido. El automóvil —abandonado y desmantelado por los ladrones— fue recuperado al día siguiente. Al cabo de dos semanas, la policía declaró cerrado el caso, y se tuvo por buena la explicación de que María, desilusionada de su breve experiencia matrimonial, se había fugado con otro.

Para esa época, María no se había adaptado aún a la vida del sanatorio, pero su carácter había sido doblegado. Todavía se negaba a participar en los juegos al aire libre de las enfermas, pero nadie la forzaba. Al fin y al cabo, decían los médicos, así empezaban todas, y tarde o temprano terminaban por incorporarse a la vida de la comunidad. Hacia el tercer mes de reclusión⁹, María logró por fin ganarse la confianza de una visitadora social¹⁰, y esta se prestó para llevarle un mensaje a su marido.

El marido de María la visitó el sábado siguiente. En la

⁶ Camisa con mangas cerradas en su extremidad, utilizada en las instituciones para enfermos mentales para inmovilizar a un paciente fuera de control.

⁷ Medicamento que se suministra para hacer dormir a un paciente.

⁸ Alzada en rebeldía contra la autoridad.

⁹ Encierro, aislamiento.

¹⁰ Un visitador social es un funcionario que depende del área de acción social del Estado y que cumple la tarea de visitar periódicamente a personas que se encuentran en situación de necesidad, ya sea por motivos de salud o de falta de recursos económicos. Su responsabilidad es tratar de proveer a esa persona de lo que necesite.

sala de recibo, el director del sanatorio le explicó en términos muy convincentes cuál era el estado de María y la forma en que él mismo podía ayudarla a recuperarse. Le previno sobre su obsesión¹¹ dominante —el teléfono— y le instruyó sobre el modo de tratarla durante la visita, para evitar que retayera en sus frecuentes crisis de furia. Todo era cuestión, como se dice, de seguirle la corriente.

A pesar de que él siguió al pie de la letra las instrucciones del médico, la primera visita fue tremenda. María trató de irse con él a toda costa, y tuvieron que recurrir otra vez a la camisa de fuerza para someterla. Pero poco a poco se fue haciendo más dócil en las visitas siguientes. De modo que su marido siguió visitándola todos los sábados, llevándole cada vez una libra¹² de bombones de chocolate, hasta que los médicos le dijeron que no era el regalo más conveniente para María, porque estaba aumentando de peso. A partir de entonces, solo le llevó rosas.

De: "El País", Madrid, 5 de mayo de 1981.
© Gabriel García Márquez, 1981.

¹¹ Idea fija que perturba la inteligencia.

¹² Medida de peso. Una libra equivale a 454 gramos.

Actividades

- 1. ...
- 2. ...
- 3. ...
- 4. ...
- 5. ...
- 6. ...
- 7. ...
- 8. ...
- 9. ...
- 10. ...
- 11. ...
- 12. ...
- 13. ...
- 14. ...
- 15. ...
- 16. ...
- 17. ...
- 18. ...
- 19. ...
- 20. ...

Actividades de comprensión de lectura

EL TONEL DE AMONTILLADO

- 1 Respondan a las siguientes preguntas:
 - ¿Qué significan las palabras "castigar con impunidad"?
 - ¿Qué relación guardan estas palabras con el escudo de armas de la familia Montresor?
 - ¿Qué significa, según ustedes, "una afrenta no queda desagraviada cuando la retribución perjudica al vengador"? ¿Se cumple en el cuento este precepto?
- 2 Imaginen qué tipo de ofensas debió soportar Montresor por parte de Fortunato.
- 3 Describan oralmente el escudo de armas de la familia Montresor y analicen la importancia simbólica que tiene en el cuento, en opinión de ustedes.
- 4 Describan oralmente el disfraz de Fortunato y analicen la importancia del carnaval en este cuento.

LA VENTANA CLAUSURADA

- 5 Respondan a las siguientes preguntas:
 - ¿Cuáles son las características del paisaje en el que transcurren los hechos narrados? ¿De qué manera contribuyen a crear el clima del cuento?
 - ¿Cuáles son las características del protagonista del cuento?
 - ¿En qué momento del relato aparece el narrador como testigo o primer receptor de lo que va a contar? Señalen el fragmento en el texto.
- 6 En esta obra, el clima de terror va creciendo muy lentamente desde el comienzo hasta llegar al desenlace. Lean el cuento atentamente y hagan una lista de todos aquellos recursos que contribuyen a la creación de ese clima.

EL RELATO DEL POLVO BLANCO

- 7 Resuelvan las siguientes consignas acerca de los personajes:
 - Francis, el protagonista de esta historia, es caracterizado detalladamente al comienzo del cuento. Describanlo.
 - La narradora de este relato, la hermana de Francis, no aparece caracterizada a través de descripciones. Sin embargo, a partir de lo que cuenta, se pueden deducir sus rasgos principales. Intenten describirla.
- 8 Respondan a las siguientes preguntas:
 - ¿Cuánto tiempo calculan que transcurre desde el principio hasta el final de esta historia?
 - ¿Cómo se manifiesta la evolución del efecto que el polvo blanco provoca en Francis, desde las primeras señales que su hermana percibe en el cuerpo del protagonista hasta el desenlace?
 - Los hechos relatados en este cuento tienen tres narradores diferentes. ¿Quiénes son?
 - ¿Qué es, en realidad, el polvo blanco que Francis toma creyendo que se trata de un remedio? Señalen en el texto el momento en el que tiene lugar este reconocimiento.

DESDE LO OSCURO

- 9 Trabajen oralmente a partir de las siguientes consignas:
 - Expliciten cómo es la relación del narrador con Herbert West a lo largo de todo el cuento. Fundamenten su respuesta con fragmentos que hayan señalado en el texto.
 - Expliquen por qué se convierte Herbert West en "el individuo más molesto de toda la universidad".
 - Describan la teoría "mecanicista" en la que se basa West. ¿A qué teoría se opone?
 - Analicen la diferencia entre la "fosa común" y el cementerio. ¿Por qué es importante esta diferencia para los propósitos de Herbert West?
 - Elaboren hipótesis acerca del final del cuento teniendo en cuenta las crónicas periodísticas que allí aparecen.

LAS RATAS DEL CEMENTERIO

- 10 Lean cuidadosamente el texto y dibujen un plano de los túneles por los que se traslada Masson. Marquen con flechas el recorrido del personaje.
- 11 Respondan a las siguientes preguntas:
 - ¿Cómo es Masson? Describanlo a partir de las características que se enumeran acerca de él en el texto, y según lo que ustedes deducen de sus acciones.
 - ¿Por qué Masson no quiere que los vecinos conozcan la magnitud del problema de las ratas del cementerio? ¿Cuál es la ventaja que él obtiene de esa situación?
 - ¿Qué tipo de ser suponen ustedes que es la "momia" que se abalanza sobre Masson y que lo hace cambiar de dirección en su huida?

EL ESCUERZO

- 12 Respondan a las siguientes preguntas:
 - En este cuento, hay dos personajes que narran. ¿Quiénes son? ¿Qué hechos narra cada uno de ellos?
 - Describan a los dos narradores. ¿Por qué creen que este cuento está construido a partir del relato de dos narradores?
 - ¿Qué relación pueden establecer entre el niño de la primera historia y el joven protagonista de la segunda historia?
 - ¿Cuál es, para ustedes, la causa real por la que muere el joven? ¿Qué función cumple el escuerzo en el desenlace de la historia?
- 13 El cuento tradicional se caracteriza, entre otros rasgos, por los siguientes:
 - Narra hechos que surgen de creencias populares.
 - Incorpora diferentes "voces" para dar a entender las distintas versiones que circulan sobre un hecho.
 - Ubica los hechos narrados en un ámbito rural y en un tiempo lejano.
 - Suele incluir animales.
 Señalen la presencia de uno o más de estos rasgos en el cuento de Leopoldo Lugones y justifiquen su elección con citas textuales.

LA MIEL SILVESTRE

- 14 Respondan a las siguientes preguntas oralmente, en grupos de tres; luego, comparen las respuestas elaboradas por los diferentes grupos:
- ¿Por qué les parece pertinente la referencia a Julio Verne?
 - ¿Qué significados, además del literal, pueden tener el bosque y el monte en este cuento?
 - ¿Qué significa "aunque su fusil volvió profundamente dormido"? ¿De qué recurso de estilo se trata? ¿Por qué les parece que el autor lo usa aquí?
 - ¿Con que elemento resisten los campesinos la invasión de la *corrección*?
- 15 Enumeren todas las armas que aparecen en el cuento.
- 16 Discutan acerca del personaje Benincasa, a partir de las siguientes preguntas:
- ¿Qué les sugiere su apellido? ¿Cómo se relaciona esta alusión con lo que le sucede al protagonista en el relato?
 - ¿Cuál es su profesión?
 - ¿Qué ha ido a buscar al monte? ¿Qué encuentra finalmente?

MARÍA DE MI CORAZÓN

- 17 Respondan a las siguientes preguntas:
- ¿Cuál es el inconveniente que tiene María y que desencadena esta historia?
 - ¿Qué significó para María subir al ómnibus?
 - ¿Por qué no le prestan el teléfono?
 - El título, ¿prepara para lo que se va a contar? ¿Por qué?
- 18 Dividan la clase en grupos para analizar los siguientes aspectos del relato. Luego, confronten las conclusiones a las que llegaron.
- El rol del marido de María en cada una de sus intervenciones.
 - El rol del médico como portavoz de lo que se considera socialmente "salud mental".
 - La interpretación del caso según la policía.
 - La descripción de las reglas del "asilo de locas".
- 19 Teniendo en cuenta el argumento de este relato, imaginen una situación de la vida real semejante a la narrada. Por ejemplo: ser acusado y arrestado por un delito que uno no cometió. Imaginen los recursos que les permitirían presentar esa historia como un relato de terror. Por último, cuenten oralmente el relato que imaginaron.

TODOS LOS CUENTOS

- 20 Indiquen cuáles son los temas de los cuentos de esta antología. Piensen distintas maneras de relacionarlos. Estas son solamente algunas sugerencias:
- Cuentos donde aparecen animales.
 - Cuentos donde aparece el encierro.
 - Cuentos donde aparecen transformaciones.
- 21 Comenten con sus compañeros:
- ¿Cuáles son los elementos que hacen que estos cuentos sean "de terror"?

Actividades de producción de escritura

EL TONEL DE AMONTILLADO

- 1 **Descripción.** A partir de las descripciones del escudo de armas de los Montresor y del disfraz de Fortunato, inventen un disfraz de carnaval y un escudo de armas y escriban su descripción.

LA VENTANA CLAUSURADA

- 2 **Crónica periodística.** Imaginen que son periodistas y que fueron enviados para cubrir la noticia al lugar donde transcurren los hechos narrados en el cuento. Escriban una crónica policial de quince renglones para contar lo que ocurrió con la pantera durante el velorio de la mujer.

EL RELATO DEL POLVO BLANCO

- 3 **Diálogo.** Formen grupos de dos y releen atentamente el informe del doctor Chambers. En él se presentan dos concepciones opuestas sobre la realidad: la materialista y la espiritualista. Escriban un diálogo en el que dos científicos — uno materialista y otro espiritualista — argumentan a favor de sus respectivas doctrinas y enfrentan sus posturas.

DESDE LO OSCURO

- 4 **Carta.** Escriban una carta en la que "el erudito y benevolente Dr. Allan Halsey", rector de la escuela médica, le comunica a Herbert West que debe dejar de realizar experimentos en la universidad.

LAS RATAS DEL CEMENTERIO

- 5 **Biografía.** Escriban una biografía imaginaria de Masson. Imaginen quiénes fueron sus padres, cómo fue su infancia, si estudió o no, cuándo empezó a trabajar, si está casado y si tiene hijos, dónde vive... Traten de imaginar todos los detalles posibles acerca de un personaje que termina su vida de la manera que relata el cuento.

EL ESCUERZO

- 6 **Relato a partir de una leyenda.** Busquen, en libros o en la Internet, diversas leyendas. Elijan la que les parezca más atractiva y escriban un relato en el que aparezcan dos narradores diferentes, como sucede en el cuento de Lugones.

LA MIEL SILVESTRE

- 7 **Retrato.** Escriban el retrato imaginario de Gabriel Benincasa. Recuerden que el retrato no solo presenta las características físicas del personaje, sino también sus rasgos psicológicos.

MARÍA DE MI CORAZÓN

- 8 **Diario íntimo.** Imaginen que María lleva un diario íntimo. Escriban las entradas a lo largo de toda una semana, cuando ella está internada en el "asilo de locas". Tengan en cuenta que debe estar escrito como si nadie fuera a leerlo.

Actividades de relación con otras disciplinas

FORMACIÓN ÉTICA

Las noticias acerca de formas de manipulación sobre organismos vivos en experimentos científicos son frecuentes en los medios periodísticos. Este es un ejemplo.

En un extraordinario experimento, "resucitaron" a un grupo de perros.

Inducir la muerte clínica en los seres vivientes para ver si es posible devolverlos a la vida transformando el sueño eterno en un viaje de ida y vuelta: este es el increíble experimento realizado por algunos científicos de la Universidad de Pittsburgh, que resucitaron a un grupo de perros después de comprobar durante tres horas la ausencia de toda señal de vida en sus cuerpos.

La institución que está detrás de esta investigación que roza los límites de la realidad es el Centro Safar para Investigaciones de Resucitación, fundado por Peter Safar, universalmente reconocido como el inventor de la respiración boca a boca y de la reanimación cardiopulmonar. Un hombre que contribuyó realmente a volver a la vida a miles de personas destinadas inexorablemente al más allá. De todos modos, el experimento de sus seguidores parece aún más extremo.

Los científicos de la Universidad de Pittsburgh tomaron un grupo de perros, vaciaron sus venas y sustituyeron su sangre con una solución salina a 7 grados centígrados de temperatu-

ra. Indujeron de este modo a los animales a un estado de muerte aparente, sin respiración, sin actividad cardíaca y sin ninguna señal cerebral. Luego de tres horas en estas condiciones, les restituyeron la sangre a los perros, que, cuando fueron estimulados a través del "electroshock" y el oxígeno para volver a poner en funcionamiento sus corazones y pulmones, volvieron a la vida, sin ningún daño aparente en sus órganos vitales.

El experimento norteamericano no dejará de causar perplejidad y protestas de naturaleza ética y moral. Ya hay quienes temen que este sistema sea utilizado con fines poco ortodoxos. Cualquiera a la búsqueda de experiencias fuertes podría someterse a este tratamiento para ver cómo es un viaje de tres horas al más allá.

En todo caso, para escenarios de ciencia fantástica de este tipo habrá que esperar al menos hasta 2015, la fecha adelantada por los científicos para el inicio de este mismo experimento en humanos.

- 1 Luego de leer la noticia, debatan entre ustedes:
 - ¿Con qué cuentos podrían relacionar esta información? ¿Por qué?
 - ¿Por qué les parece que el cronista afirma que el experimento "no dejará de causar perplejidad y protestas de naturaleza ética y moral"?
 - ¿Qué opinan ustedes acerca de este tipo de experimentos?
- 2 A lo largo de dos semanas, busquen en los diarios noticias referidas a experimentos realizados sobre organismos vivos. Sigán las eventuales controversias que se planteen en torno a esas experiencias y coméntenlas con los docentes de Biología y Formación Ética.
- 3 Vean la película *Línea mortal* (dirigida por Joel Schumacher, EE.UU., 1990) y analicen la relación entre su argumento, el del cuento "Desde lo oscuro" y la noticia periodística.

BIOLOGÍA

- 4 Los animales suelen estar presentes en muchos relatos de terror. En la literatura y en el cine, muchos de ellos se han hecho famosos como símbolo de lo que está más allá de la posibilidad de control de los humanos. Por ejemplo, la película *Tiburón* (dirigida por Steven Spielberg, EE.UU., 1975) desató, en la época de su estreno, una conmoción tan grande, que muchos veraneantes no se atrevían a meterse en el mar.

Conversen entre ustedes:

 - ¿En qué cuentos de esta antología aparecen animales? ¿Cómo son presentados? ¿Qué función cumplen?
 - Hagan una lista de cuentos, novelas y películas de terror en las que los animales representen una amenaza.
 - Organicen una encuesta, lo más amplia posible, para determinar cuáles son los animales que producen más miedo en distintos grupos de personas.
 - Las ratas son animales dañinos y peligrosos para los seres humanos, debido a las enfermedades que pueden transmitir. Además, es muy difícil exterminarlos definitivamente. Averigüen a qué se debe que sean tan resistentes. ¿Qué tipo de poblaciones forman, desde el punto de vista de la Ecología?
 - Busquen información científica acerca del escuerzo. Observen que, en su cuento, Leopoldo Lugones lo clasifica como "reptil". ¿Es correcta esa clasificación según la Biología? ¿La clasificación de los seres vivos ha sido siempre igual a la que se maneja actualmente?
 - A partir de la información que obtuvieron, corroboren los demás datos que provee el cuento acerca del escuerzo. Luego de comparar entre el discurso de la Biología y el de la literatura, discutan por qué creen ustedes que al escuerzo se le atribuyen, en la creencia popular, los poderes a los que hace referencia el relato.
 - Averigüen acerca de la existencia de la *corrección*. ¿Existen hormigas carnívoras, como las que aparecen en el cuento de Horacio Quiroga? Realicen un informe sobre este tema.
 - Releven cómo ha sido tomado el motivo de la invasión de ratas o de hormigas en el cine de terror.



Azulejos

Títulos de la colección

Serie Naranja

1. IRIS RIVERA. *Frankenstein*. Una versión para chicos de la novela de Mary Shelley
2. VARIOS AUTORES. *Cuentos de fútbol*. Para chicas y chicos
3. VARIOS AUTORES. *Cuentos de miedo*. Para asustarse de veras
4. NICOLÁS SCHUFF. *Historias de la Guerra de Troya*. Para vivir una y mil aventuras
5. VARIOS AUTORES. *Cuentos de aventura*. Para vivir una y mil historias
6. VARIOS AUTORES. *Poemas de todas partes*. Los chicos leen poesía
7. NICOLÁS SCHUFF. *Aventureros y enamorados*. Historias de siempre para chicos de hoy
8. LAURA NO. *El nombre secreto*. La aventura escrita en las runas
9. NICOLÁS SCHUFF. *Monstruos argentinos*. Una colección de espantos
10. NICOLÁS SCHUFF. *Historias de la Biblia*. Contadas para los chicos
11. IRIS RIVERA. *Cuentos populares*. De aquí y de allá
12. PATRICIA SUÁREZ. *Esta boca es mía*. Y otras obras de teatro para chicos
13. JUAN JOSÉ BURZI. *Miedo a la oscuridad*. Y otros cuentos espeluznantes
14. FERNANDO SORRENTINO. *El regreso*. Y otros cuentos inquietantes
15. CLAUDIO WEISSFELD. *Historias de pícaros*. De todos los tiempos
16. NICOLÁS SCHUFF. *Leyendas urbanas*. Historias que parecen increíbles
17. PABLO GIANERA. *Historias del rey Arturo*. Y de sus nobles caballeros
18. IGNACIO MILLER. *Los viajes de Marco Polo*. Y sus fantásticas aventuras
19. ARIEL BUFANO. *La Bella y la Bestia*. Con la versión de la leyenda escrita por Jeanne-Marie Leprince de Beaumont
20. IRIS RIVERA. *Mitos y leyendas de la Argentina*. Historias que cuenta nuestro pueblo
21. ESTEBAN VALENTINO. *Sexto sentido*. Y otros cuentos
22. MARIANO DORR. *Vengadores y fugitivos*. Historias inolvidables de todos los tiempos
23. NICOLÁS SCHUFF. *Las aventuras de Tom Sawyer*. Una versión para chicos de la novela de Mark Twain
24. EVELYN GALIAZO. *El libro de la selva*. Una versión para chicos del relato de Rudyard Kipling
25. CLAUDIO WEISSFELD. *Las aventuras de Robin Hood*. Una versión para chicos de la leyenda medieval
26. IGNACIO MILLER. *Moby Dick*. Una versión para chicos de la novela de Herman Melville
27. JOSÉ FRAGUAS. *Las aventuras de Robinson Crusoe*. Una versión para chicos de la novela de Daniel Defoe
28. JULIÁN MARTÍNEZ VÁZQUEZ. *Los doce trabajos de Hércules*. Una versión para chicos del mito clásico
29. LAURA NO. *Ludópolis, la ciudad de los juguetes*. Una aventura en el futuro
30. ADELA BASCH. *Las increíbles aventuras de Don Quijote y Sancho Panza*. Contadas para los chicos
31. FLORENCIA ABBATE. *Las siete maravillas del mundo*

Serie Verde

1. EDGAR-ALLAN POE. *El escarabajo de oro*
2. OSCAR WILDE. *El crimen de Lord Arthur Savile*
3. ROBERT LOUIS STEVENSON. *El extraño caso del Doctor Jekyll y el Señor Hyde*
4. E. T. A. HOFFMANN. *El hombre de arena*
5. JOSÉ SIXTO ÁLVAREZ (FRAY MOCHO). *Un viaje al país de los matreros*
6. MARÍA BRANDÁN ARÁOZ. *Enero en Mar del Sur*
7. OSCAR WILDE. *El fantasma de Canterville*
8. ANTOLOGÍA. *Romances y cielitos*
9. ARTHUR CONAN DOYLE. *El sabueso de los Baskerville*
10. RODOLFO OTERO. *Milla Loncó*
11. ARTHUR CONAN DOYLE. *Estudio en rojo*
12. JOSEPH CONRAD. *La posada de las dos brujas / El copartícipe secreto*
13. JULES VERNE. *De la Tierra a la Luna*
14. MARÍA BRANDÁN ARÁOZ. *Refugio peligroso*
15. ANTON CHEJOV. *El oso / Pedido de mano / El aniversario*
16. EMILIO SALGARI. *Sandokán*
17. POE, BRADBURY, CORTÁZAR Y OTROS AUTORES. *Cuentos extraños y fantásticos*
18. SEBASTIÁN VARGAS. *Mitos de transformación y disfraz*
19. WASHINGTON IRVING. *El jinete sin cabeza*. La leyenda de Sleepy Hollow
20. MAUPASSANT, RULFO, BORGES Y OTROS AUTORES. *Cuentos de guerra*. Para pensar la paz
21. CARLO GOLDONI. *Servidor de dos patronos / La posadera*
22. JOHANN-WOLFGANG VON GOETHE. *Werther*
23. GREGORIO DE LAFERRÈRE. *Jettatore!*
24. MOLIÈRE. *El avaro*
25. HOMERO. *Odisea* (selección de pasajes)
26. HOMERO. *Iliada* (selección de pasajes)
27. RODOLFO OTERO. *El verano del potro*
28. RODOLFO OTERO. *Los paleolocos*
29. ARLT, WALSH, PIGLIA Y OTROS AUTORES. *Cuentos policiales argentinos*
30. POE, BIERCE, LOVECRAFT Y OTROS AUTORES. *Cuentos de terror*
31. WILDE, QUIROGA, CHEJOV Y OTROS AUTORES. *Cuentos (I)*
32. *Lazarillo de Tormes*. Y otros textos del Siglo de Oro Español
33. JULIÁN MARTÍNEZ VÁZQUEZ. *La casa de Atreo*. Los grandes relatos de la mitología griega (I)
34. BORGES, CORTÁZAR, GARCÍA MÁRQUEZ Y OTROS AUTORES. *Cuentos argentinos y latinoamericanos*
35. JEAN RACINE. *Fedra*
36. ASIMOV, DICK, FONTANARROSA Y OTROS AUTORES. *Cuentos de ciencia ficción*
37. ESQUILO. *Agamenón*. Y otros textos relacionados con el mito
38. *Teatro argentino contemporáneo*
39. MAUPASSANT, BUZZATI, MANSFIELD Y OTROS AUTORES. *Cuentos (II)*
40. MARÍA BRANDÁN ARÁOZ. *Cuatro primos en la playa*
41. SÓFOCLES. *Edipo rey*. SHAKESPEARE. *Hamlet*
42. ARIEL PUYELLI. *La maldición del cheque*